LA ORACION DE LA TARDE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado con extraordinario éxito por primera vez en el teatro del Circo el 25 de Noviembre de 1858.

QUINTA EDICION.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9
1862.

ACTA IMPRESA EN LA SEGUNDA EDICION.

«Los Sres. D. Luis Mariano de Larra, autor del drama en tres »actos y en verso titulado *La Oracion de la tarde*, y D. Enrique »Perez Escrich, autor de *El Cura de aldea*, drama tambien en »tres actos y en verso, en vista de las voces públicas que acusa»ban al primero de haber aprovechado para su drama el pensa»miento de la obra del segundo, nombraron por árbitros para »ventilar esta cuestion á los Sres. D. Juan Eugenio Hartzen»busch, D. Tomás Rodriguez Rubí, D. Juan de la Rosa Gonza»lez y D. Narciso Serra; los cuales, despues de haber leido y »comparado con detenimiento ambas obras, y visto representar »el un drama y el otro, han extendido el acta siguiente:

»Nosotros los abajo firmados, elegidos árbitros para decidir »acerca de la originalidad del drama *La Oracion de la tarde* con »relacion al *Cura de aldea*, hemos acordado, segun nuestro leal »saber y entender, que ambas obras son completamente distin»tas, en la disposicion de su plan, en los caractéres que se em»plean para el desarrollo del argumento, en su versificacion y en »sus escenas, usándose en ambas únicamente de un mismo re»curso dramático que produce el desenlace; recurso que ha po»dido muy bien emplearse en ambas obras sin haberle tomado »un autor del otro, por pertenecer aquellas á un mismo géne»ro. Y en cumplimiento de nuestro encargo lo firmamos en »Madrid á 28 de Diciembre de 1858.=Juan Eugenio Hartzen»busch.=Tomás Rodriguez Rubí.=Narciso Serra.=Juan de la »Rosa Gonzalez.

»Los interesados, en vista de esta declaracion, manifiestan al »público, que por su parte no han contribuido ofensiva ni des»honrosamente á las voces arriba expresadas; y que al aceptar la

»opinion de sus compañeros, deponen en aras de la razon y la »justicia sus resentimientos personales, como cumple á escrito»res que exaltan en la escena *el perdon de las injurias* [1] y *el amor »al prójimo* [2].=Luis Mariano de Larra.=Enrique Perez Es»crich.»

Justo es que el autor consigne en estas páginas lo que la prensa y el público de Madrid han dicho de la ejecucion de esta obra en sus veinte primeras representaciones consecutivas. Si gloria corresponde al poeta que crea, no menos le toca al actor que interpreta creando; y si bien es cierto que mal podria D. Julian Romea, el actor mas querido del público, haber representado el carácter de D. Diego de Mendoza á no haberle yo escrito, no es menos cierto que el público le hubiera apreciado mucho menos á no haberle él representado. Comprendiéndolo asi los espectadores, siempre nos han llamado á ambos á la conclusion de la obra, que juntos y á la misma altura deben marchar el actor y el poeta, confundiéndose y amalgamándose de tal modo que, desapareciendo sus entidades personales, no ofrezcan al público mas que el conjunto de sus dos ideas.

La que como la actriz Doña Josefa Hijosa interpreta el difícil carácter de Margarita en los primeros años de su carrera artística, á mucho debe aspirar en ella. Sírvale este testimonio de estímulo, ya que, en union con todos los demas actores, ha dado á mi obra un realce y causado en el público una de esas impresiones que tarde ó nunca se olvidan.

LUIS MARIANO DE LARRA.

---

1 Pensamiento de *La Oracion de la tarde.*
2 Pensamiento de *El Cura de aldea.*

DEDICATORIA DE LA PRIMERA EDICION.

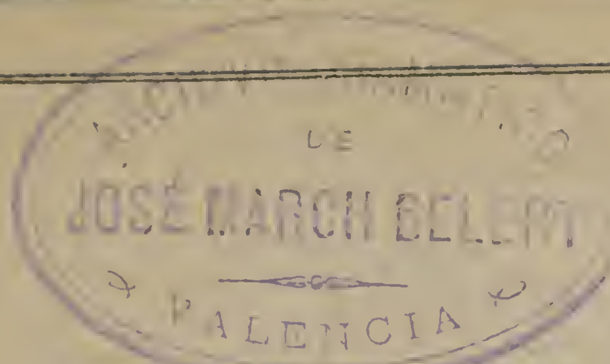
A mi Hijo.

Ignoro, vida mia, el éxito que tendrá este drama, uno de los que mas he pensado y sentido; pero casi me atrevo á esperar que será bueno, llevando al frente de sus versos la sonrisa de un ángel. En él se enaltece el *perdon de las injurias*, y su intencion religiosa disculpará sin duda sus errores literarios. Tu padre que, como tu ilustre abuelo el inolvidable Fígaro, no ha tenido pocas que perdonar en su corta carrera de escritor público, solo quiere que cuando puedas leerle, encierres en tu alma cristiana el tesoro de la religion, fuente de todo bien; y ¡ojalá cuando cruces el áspero camino de la vida y tu padre no te preste ya en el mundo la sombra de su cariño, te acuerdes de rezar siempre por su memoria *la oracion de la tarde*!

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA.................	DOÑA AMALIA GUTIERREZ.
MARGARITA (11 años) *..	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
BRÍGIDA...............	DOÑA FELIPA ORGAZ.
D. DIEGO DE MENDOZA..	D. JULIAN ROMEA.
D. GONZALO DE LUNA..	D. VICTORINO TAMAYO.
GASPAR.............	D. PEDRO DE SOBRADO.
VILLADIEGO..........	D. RICARDO MORALES.
UN ALCALDE.........	D. J. MARÉ.
MOZO 1.º..............	D. »
IDEM 2.º..............	D. »
IDEM 3.º..............	D. »
Mozas y mozos del pueblo.	

La accion pasa en *Robledo*, á seis leguas de Madrid, el año de 1718.

* En los teatros de provincia este papel puede hacerle una niña de menor edad, si es posible, y si no la dama jóven, variando en este caso en DOCE AÑOS todas las citas de fechas en que se dice DIEZ.



ACTO PRIMERO.

Casa pobre. Muebles antiguos y modestos. Dos puertas laterales, una en el foro, que dá á la calle del pueblo, y á cuyos dos lados hay dos ventanas bajas con rejas que dan al exterior: estas y aquella con hojas grandes que cierren por dentro. Á la izquierda del espectador un armario escritorio con cortinas. A la derecha una mesa grande de nogal: un sillon grande de baqueta y varios taburetes. Algunos cuadros en las paredes.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, GASPAR, que aparece mirando á la puerta de la izquierda.

GASP. (Llamando.)
¡Brígida! ¡Brígida! ¡Vamos!
Cuando digo que no vale
esta mujer para nada...
¡Brígida!

BRIG. (Saliendo.) ¡Que el diablo cargue
con vos y con vuestras voces!
¿No he dicho que voy?

GASP. (Con mal humor.) ¡Y si hace
dos horas que estoy llamando!

BRIG. ¡Y si hace tres que es en balde!
¿No he dicho que estoy vistiendo
á la rapaza?

GASP. ¿Y no sabe
que son las ocho y que cantan
las vísperas esta tarde?

BRIG. ¿Qué mas?

GASP. ¿Que mañana es
la fiesta en Robledo?

BRIG. (Impaciente.) ¡Dále!

GASP. ¿Y todo el pueblo en la iglesia
estará ya?...

BRIG. ¡Pues que aguarde!
Yo no puedo con la carga
que dan todos en echarme,
ni tengo manos que sobren
ni quehaceres que me falten.
Yo he de cuidar de la casa,
yo he de vestirme y calzarme ..
acompañar á la niña
cuando entra y cuando sale...
yo he de haceros la comida...
la cena... el almuerzo... ¡el diantre
que haga todo lo que hago
con sesenta navidades!

GASP. ¡Y á qué viene ahora esa sarta
de reconvenciones!

BRIG. Nadie
me ayuda y Brígida siempre
ha de estar en todas partes.
Mi señor don Diego á caza
ó en el monte paseándose,
siempre solo, siempre triste,
siempre sin querer cuidarse
de irme aliviando de un peso
que es, para mi edad, muy grande.
Vos, digno criado suyo,
siempre pidiéndome parches
para esa herida, mas vieja
que su tos y sus achaques.
La huérfana, que debia
con mas justicia ayudarme,
siquiera por lo que come
sin que lo sude y lo gane,
siempre á vueltas con las flores,

cuando no llorando á mares,
ó sentada cuando hay luna
en la reja ó en la calle,
esperando alguna cosa
que ha de venir por el aire,
y que segun lo que tarda
justo es que ya no la aguarde.

GASP. Tambien es Brígida injusta
con esa niña... (Con sentimiento.)

BRIG. Pues ¿qué hace?

GASP. Ser desgraciada. (Con gravedad.)

BRIG. Ese oficio
no dió de comer á nadie;
y puesto que á ella por serlo
se le dá aqui un hospedaje,
razon es que por lo mismo
con buena cara le pague.

GASP. Y en diez años que aqui vive
con nosotros, vive mártir.
Don Diego solo con ella
tiene endiablado carácter:
vos... buena y caritativa
con el primer miserable,
solo con ella sois dura,
exigente é intratable!...
La misma niña...

BRIG. (Interrumpiéndole.) ¡Esa es otra!
¿Me deja acaso un instante?
Ya la peino... ya la visto...
ya la... ¡eso si! tiene un ángel
para mí, que... ¡ella es muy mala...
pero su gracia y su... ¡vale
mas dinero!... asi con ella
está tan chocho su padre!
Me hace rabiar... pero...

MARG. (Saliendo por la izquierda, con una trenza caida y la otra puesta.)
¡Brígida!
¿y esta trenza?... (Con calma.)

BRIG. ¡Ay! ¡al instante!...
(Corre á ella y se arrodilla para acabar de peinarla, lo que hace mientras sigue la escena.)

ESCENA II.

MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAR.

BRIG. ¡Gaspar la culpa ha tenido!...
GASP. Te juro que... (Disculpándose.)
MARG. ¿Y señor padre?...
GASP. Salió temprano...
MARG. ¿Y sin verme?...
GASP. ¿Él?... no quiso despertarte;
pero entró en tu cuarto y...
MARG. (Sonriendo con malicia.) ¡Si!
¡que no le ví yo!...
BRIG. (Levantándose.) ¡Cómo!...
MARG. (Bajando al proscenio.) Antes
de entrar, sentí sus pisadas;
y en castigo de que hace
tres dias que apenas quiere
que le miren ni le hablen,
me hice la dormida!
GASP. ¡Oiga!
MARG. Yo dejé que se acercase,
y con el rabo del ojo
ví que con triste semblante
me estaba mirando. Luego
fué bajándose... bajándose...
y dándome un beso, envuelto
entre dos suspiros grandes,
se fué otra vez de puntillas
sin que lo sintiera nadie!
GASP. Pero y al sentir su beso
¿por qué tú no le llamaste?...
MARG. ¡Porque aquella cara triste
me daba miedo! ¿qué haces, (Á Brígida.)
que me tiras?...
BRIG. ¡Ya está el lazo!
(Acabando de peinarla.)
GASP. ¡Vamos aprisa, que es tarde,
y habrá empezado el sermon!
MARG. ¿Estoy bien?...
BRIG. ¡Oh, como un ángel!

¡Vamos! (Dirigiéndose al foro.)

MARG. ¿Y Maria? (Deteniéndola.)

BRIG. ¡Toma!
¡estará donde Dios sabe!...

GASP. Tal vez ya en la iglesia ..

BRIG. No,
la vi hace poco sentarse
en el cenador del huerto!

MARG. ¡Yo no voy sin ella!...

GASP. ¡Padre
puede que te esté esperando...

MARG. Yo no voy sin ellla... (Insistiendo.)

BRIG. Es fácil
que venir no quiera...

MARG. (Mirando á la derecha.) ¡Mírala!
(Corriendo á su encuentro con alegria.)
¡Maria!

MAR. (Abrazándola.) ¡Hija! ¡Dios os guarde!
(Á Brígida y Gaspar, que bajan otra vez.)

ESCENA III.

MARIA, MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAR.

MARG. ¿Estás mala? (Con interés.)

MAR. ¡No!

MARG. ¿No vienes
á la funcion de esta tarde?

MAR. No pensaba... (Distraida.)

MARG. Yo no quiero
ir sin tí!... ¡Brígida!... ¡parte!...

BRIG. ¿Cómo?... ¿no vienes conmigo?
(De mal humor.)

MARG. Ni contigo ni con nadie,
mas que con ella. ¡Gaspar!
acompáñala!...

GASP. ¡Al instante!...

BRIG. ¡No señor!... don Diego manda
que yo siempre te acompañe,
y no me muevo. (De mal humor.)

MARG. (Con dulzura.) Nosotras
vamos corriendo...

BRIG. ¡No le hace!
GASP. ¡Pero si quisieren ir juntas!...
BRIG. ¡Sin nosotros... no me place!
Yo represento aqui al amo,
y no cedo.
MAR. Vamos... (Dirigiéndose al foro.)
MARG. (Á Maria.) ¡Cállese!...
(Se acerca á Brígida, y la acaricia con zalameria.)
¡Viejecita!... ¿no conoces
que nos estorbas?...
BRIG. (Enojada) ¿Qué?...
MARG. ¡Márchate!
BRIG. ¡Nunca!
MARG. ¿Si tú eres muy buena,
por qué inflexible te haces?...
Vete. Tenemos que hablar
de cosas muy importantes
que tú no debes oir...
BRIG. Si... pero... (Resistiéndose.)
MARG. Tú vas delante
y nos escoges dos sitios
á tu lado...
BRIG. Pero...
MARG. (Impacientándose.) ¡Dále!
si nos vamos al momento...
BRIG. Ni por esas... (Decidida.)
MARG. (Amenazándola.) ¡Vé lo que haces!
ó nos dejas aqui solas,
ó esta noche al acostarme
no hay beso!...
BRIG. (Con temor.) Si asi te pones...
MARG. ¡Si te vas... otro al marcharte!...
BRIG. ¡Hará de mí lo que quiera
el arrapiezo!
(Se dirige á ella para darle un beso; pero Margarita la conduce á la puerta del foro.)
MARG. ¡En la calle!
BRIG. ¡Gaspar! ¿qué haces ahí parado,
si no quiere que haya nadie?...
Hacedla venir al punto. (Á Maria)
MAR. Bien.
MARG. (Á Brígida dándola un beso, en el dintel de la puer-

la el foro.)

¡Reza por mí diez salves!

(Brígida y Gaspar bajan por el foro izquierda cerrando la puerta.)

ESCENA IV.

MARIA, MARGARITA. Momento de pausa, durante la cual, Maria distraida completamente, baja la cabeza y Margarita la contempla.

MARG. Maria, ya de hoy no pasa;
ser buena me prometiste,
y cada dia mas triste
te miran todos en casa.
¿Quién causa te pudó dar
para ahogar tus alegrias?
Esto te exijo hace dias,
y hoy me lo vas á contar.

MARIA. ¡Niña! ¡tú quieres leer (Con tristeza.)
en mi triste porvenir!
¡ni te lo puedo decir
ni lo puedes entender!

MARG. Once años tengo... (Con gravedad.)

MARIA. El dolor
solo, del dolor es juez.

MARG. Si no entiendo de una vez,
tú me lo explicas mejor.

MALIA. Nada tengo, mi tristeza
es de mi carácter hija...

MARG. ¡Hija que tanto te aflija (Con malicia.)
mal para su madre empieza!

MARIA. Margarita... nada tengo...

MARG. Puedes callar lo que sientas,
Maria; pero á que mientas,
francamente, no me avengo.
Nada á mí se me escapó, (En voz baja.)
y estoy dada á Belcebú...
yo soy mas niña que tú...
tú mas cándida que yo.

MARIA. ¡Maliciosa tan temprano!

MARG. ¿Aun no te das por vencida?

¡Voy á pintarte tu vida
á ver si malicio en vano!...
Al punto que te despiertas
y yo á escondidas te miro,
lo primero es un suspiro
que casi á exhalar no aciertas.
Te levantas mientras tanto
y vas con Brígida á misa,
tu oracion no empieza en risa...
pero siempre acaba en llanto!
Vuelves con los ojos rojos
y que yo los miro ignoras...
Cuanto mas pasan las horas
mas se enrojecen tus ojos.
Vas al huerto; de sus plantas
y de sus encantos gustas;
si alguien te llama, te asustas,
y si te miran te espantas.
Te ven, si sales quizás,
por el monte y sus veredas;
si hay fiesta, en casa te quedas,
si hay baile, tú nunca vas.
Por la noche te colocas
cabe la luz á bordar,
los ojos sin levantar
de los estambres que tocas.
Y... no sé si con el frio
sobre una flor ya bordada (Con intencion.)
alguna lágrima helada
vá á servirle de rocio... (Movimiento de Maria.)
Yo lo he visto... mi mirada
nunca de inexacta peca...
la lágrima estaba seca,
la flor estaba manchada.
Dan las ánimas, y padre,
segun su costumbre santa,
de su sillon se levanta
para rezar por mi madre.
Concluida la oracion
nos bendice hasta otro dia...
tú lloras siempre, Maria,
al darnos su bendicion.

Tu sueño es harto intranquilo,
y alguna vez me despierta...
Si no es la pintura cierta
de tu vida... dilo... ¡dilo!

MARIA. Margarita, son antojos
que casi me hacen agravios...

MARG. Cuando suspiran tus labios
los estan viendo mis ojos.

MARIA. Aunque eso en mi vida halles,
no son justos tus rigores...

MARG. ¡No exijo yo que no llores,
sino que no me lo calles!...

MARIA. Margarita... una pregunta...
y respóndela con calma...
¿tú tienes madre?...

MARG. (Con tristeza.) ¡Mal alma!
¿no sabes bien que es difunta?

MARIA. ¿Tienes padre?

MARG. Si; ¿qué esperas
con preguntas tan impias?...

MARIA. Di, Margarita, ¿qué harias
si tampoco le tuvieras?...

MARG. ¡Oh!... (Con pesar.)

MARIA. Tú, que madre has tenido
y padre tienes... repara
cuando esté triste mi cara
que no los he conocido.
Que si por mí procuraron
los que huérfana me vieron,
prestada leche me dieron,
prestado amor me otorgaron.

MARG. Perdona á mi irreflexion
que te haya afligido asi...
pero ¿no tienes aqui
amparo, amor, proteccion?...
Mi padre ¿no lo es hoy tuyo
y con tu afecto se ufana?...
¿No te tengo por hermana
yo, que en tu tristeza arguyo?...
Pues ¿por qué no halla consuelo,
y en su malestar se aferra,
la que vé amor en la tierra

que plugo negarle al cielo?...

MARIA. ¿Y quién te dice que yo
soy á vuestro amor ingrata!

MARG. En tu tristeza insensata
¿no lo estás diciendo?...

MARIA. No;
tú no puedes comprender
la razon en que me fundo;
tú no sabes que en el mundo
hay mil modos de querer.
Puede haber una palabra
que en un hijo no haga mella;
mas el huérfano vé en ella
lo que su desdicha labra.
La voz de un padre concilia
la pesadumbre mayor;
mas la voz de ùn bienhechor
no es la voz de la familia.

MARG. Y si el cariño de aquel
que niña te recogió
y de tu vida cuidó
no excita amor para él,
¿por qué entristece tu pecho
y en él hace mayor daño
el cariño de un extraño (Con intencion.)
que nada en tu amparo ha hecho?

MARIA. ¿Qué?... (Sorprendida.)

MARG. ¿Piensas que yo no miro? (Con malicia.)
¿Por qué tus miradas van
en pos de ese capitan,
que solo te dió un suspiro?...
¿Por qué le siguen tus ojos
cuando le ves en la villa,
y el color de tu mejilla
se esconde en tus labios rojos?
¿Por qué si jamás en tí
sembró afecto y alegria,
por qué si le viste un dia
le quieres ya mas que á mí?. .

MARIA. Margarita .. (Turbada.)

MARG. ¿No lo ves?...
¿por qué tan turbada estás?

(Movimiento de Maria, que intenta irse.)
¿Adónde impaciente vas
si no te ayudan los pies?...

MARIA. Locura tuya... (Con sonrisa forzada.)

MARG. ¡Oh! ¡que no!

MARIA. Aprension tuya...

MARG. ¡Tampoco!

MARIA. Pues yo tu cariño invoco... (Suplicante.)
no hablemos mas...

MARG. Se acabó.
¿Confiesas?...

MARIA. Te he suplicado
que estés muda...

MARG. Ya lo estoy...

MARIA. Lo que me preguntas hoy
ni yo me lo he preguntado.

MARG. Basta... ¿al cabo te enojaste?...

MARIA. No.

MARG. Pruébalo con un beso...

MARIA. ¡Tómale!... (Se le dá.)

MARG. Vamos... ¿qué es eso?...
(Con malicia: Maria la mira suplicante.)
nada me digas: triunfaste.
(De pronto, y como si se le ocurriera una idea.)
¡Ay, que estan en la funcion!
Verásme sufrir la riña
cual si no fuera una niña...
¿Adónde estará el sermon?

MARIA. Vamos. (Dirigiéndose al foro.)

MARG. Y si es que encontramos
al capitan... no suspires...
para que tú no le mires
yo te haré una seña, ¿estamos?

(Salen las dos por el foro izquierda. Apenas se las vé pasar por delante de la reja, aparecen en la calle frente á la puerta D. Gonzalo y Villadiego, entrando despues en la escena.)

ESCENA V.

D. GONZALO, VILLADIEGO.

VILL. Salen y á la iglesia van.
GONZ. Déjame mirarla ahora...
¡qué bella!... qué encantadora!...
(Entra en la casa seguido de Villadiego.)
VILL. ¡Despachemos, capitan!...
GONZ. Nadie hay en la casa...
VILL. Si,
pero venir puede gente,
que está el dueño de ella ausente...
GONZ. ¡Y pensar que vive aqui!...
¡que habrá mil veces tocado
cada mueble!... que á esas rejas
no quiso escuchar las quejas
de mi pecho enamorado...
¿No adviertes que hace un momento
aqui se hallaba presente!...
¿no notas en el ambiente
el aroma de su aliento?
VILL. Solo noto por mi mal
que pueden pasar y vernos,
y que es mejor no exponernos
á algun encuentro fatal...
GONZ. Ella siempre sola viene,
y hoy sin remedio he de hablarla...
VILL. ¡Id á la calle á esperarla,
que eso es lo que mas conviene!...
GONZ. ¡No, que hará lo que otros dias!...
con Margarita se vá
y sola vuelve...
VILL. ¡Quizá!
¡eso es lo que tú querrias!
mas si otras veces lo hizo
¿por qué tú aqui no te entraste
y como hoy la esperaste
y tu afan se satisfizo?
GONZ. Porque Brígida ó Gaspar
estaban entonces dentro.

VILL. Temo otro peor encuentro
si dá don Diego en llegar.
GONZ. Ella esta carta ha de ver,
y en su cuarto... (Dirigiéndose á la izquierda.)
VILL. ¡Empresa vana!...
tambien es el de su hermana,
y vas á echarlo á perder...
GONZ. ¿Dónde, entonces?... (Buscando por la escena.)
VILL. Lo mejor
es no andar con papelitos...
mas secreto estará á gritos
que en papeles ese amor...
GONZ. Este será su bordado...
(Mirando un cesto de labor que hay en la mesa.)
VILL. Eso es una conjetura...
GONZ. Aqui dentro.. (Coloca dentro la carta.)
VILL. ¡Qué locura
pensar que está bien guardado!
GONZ. ¡Fio en Dios!
VILL. ¿Á qué has venido?
¿Está hecho ya? .. ¡Vamos luego!
GONZ. Déjame aqui, Villadiego...
VILL. ¡Toma las de mi apellido!...
GONZ. ¡No, déjame aqui mirar
los objetos que ella mira!...
¡el aire que ella respira
déjame aqui respirar!
VILL. ¡Tanto es tu amor que darás
en los Orates por loco!...
GONZ. ¡Si me ama María un poco,
qué me importa lo demas!...
VILL. Vamos, señor....
GONZ. ¡Dices bien!
(Dirigiéndose al foro.)
tal vez llegue y es distinto...
VILL. ¡Ella! lo que es el instinto...
(Llegando á la puerta, y mirando á la izquierda.)
reflexiona...
GONZ. Calla y ven.
(Se esconden detrás de la puerta, y apenas entra María, salen á la calle.)

ESCENA VII.

MARIA.

¡Oh! ni al salir ni al volver...
se habrá cansado quizás...
si no he de mirarle mas...
¡Dios no lo puede querer!
¡Él es mi única alegria
aunque le mire de léjos!
¡Sin él no tiene reflejos
la luz ni encantos el dia!
¡Oh! ¡que no me llegue á hablar!
que no me pida cariño...
mi corazon es tan niño
que no le podrá engañar!...
(D. Gonzalo habrá entrado dos versos antes, y al volver ahora Maria la cabeza se halla frente á frente con él, y retrocede asustada.)

ESCENA VI.

MARIA, D. GONZALO.

GONZ. ¡Maria!... (Con pasion.)
MARIA. ¡Caballero...
dejadme!...
GONZ. Hablaros quiero;
mirad que en mi amargura
tan solo esta ventura
inesperada, célica,
ambicionar soñé!!...
MARIA. Mirad... (Turbada.)
GONZ. ¡Mirad mi anhelo;
dejad que llame al cielo,
que á la escondida estrella
dirija su querella
el miserable náufrago
que en el alta mar se vé!
MARIA. ¡Favor, Dios mio!
GONZ. Os juro

que mi cariño es puro,
que es mi pasion sincera,
como el rubor que altera
esas mejillas cándidas
por las que muero yo!
Pues tanto he procurado
estar á vuestro lado,
si tanta dicha cobro,
si un punto veros logro,
¿quereis que calle tímida
mis pensamientos?

MARIA. (Turbada y á pesar suyo.) No.

GONZ. Dos meses há, Maria,
que te ama el alma mia,
dos meses que mis quejas
se estrellan en tus rejas,
dos meses que mis lágrimas
vertiendo estoy por tí.
Responde al desvario
que siente el pecho mio,
devuélveme la calma
que al verte perdió el alma,
ó por lo menos déjame
morir de amor aqui.

MARIA. ¡Qué frases nunca oidas,
pensadas ni sentidas
que tuve por agravios
me dicen vuestros labios
que no rechaza el pérfido
cobarde corazon? (Con expansion.)
Dejadme, caballero;
oiros mas no quiero;
que á vuestra voz parece
que mi alma se estremece,
que aliento al pecho fáltale...
¡que muere la razon!

GONZ. Mi amor..

MARIA. Sé que es el mundo
abismo tan profundo,
tan fácil el camino
de su hondo torbellino,
que rueda en él sin límites

aquel que un paso dá...
Que aquel que un punto cede
volver al bien no puede;
que el que una vez vacila
vé ciega su pupila,
que estoy, señor, oyéndoos
y yo... ¡vacilo ya!
¿Por qué mi pecho late,
por qué mi fé combate,
por qué vuestra memoria
alcanza la victoria
de que mi mente cándida
no piense sino en vos?

GONZ. ¡Porque es amor consuelo
que emana desde el cielo,
porque es su lumbre pura
que alumbra la ventura
la irrecusable dádiva
para creer en Dios!
La tímida ovejuela,
la cándida gacela,
la tigre vengativa, (Con creciente entusiasmo.)
cuanto en el mundo viva
y tenga aliento y ser,
de amor al santo ruego
brotar verá su fuego,
que amor impuso leyes
á esclavos como á reyes,
naciendo de las lágrimas
de la primer mujer.

MARIA. ¡Adios! (Suplicándole que se vaya.)

GONZ. Quizá imprudente
dejé que en el torrente
de mi cariño inmenso...

MARIA. Solo en el riesgo pienso...
harto os he dicho...

GONZ. ¡Mírame!...

MARIA. ¡Salid, que es tarde ya!

GONZ. Si llega á vuestra reja,
¿querreis oir la queja
de aquel que sin ventura
eterno amor os jura?

MARIA. Mi falta es ser incrédula...
GONZ. ¿Veros podré?...
MARIA. ¡Quizá!
Soy huérfana...
GONZ. ¡Yo honrado!
MARIA. ¡Soy pobre!
GONZ. Yo soldado.
MARIA. Oscuro mi linaje.
GONZ. No hareis al mio ultraje...
MARIA. ¡Mi amor primero entrégoos!
GONZ. ¡El último tendrás!
Me amais...
MARIA. (Turbada.) ¡Tal me parece!
GONZ. Mi amor bien lo merece...
MARIA. ¿Sabreis amarme mucho?
GONZ. ¿Amaros?... (Con locura.)
MARIA. Ruido escucho. (Aterrada.)
¡Saldré á las diez!
GONZ. Espérote.
MARIA. ¿Me olvidareis? (Rápido y en voz baja.)
GONZ. (Con fuego.) ¡Jamás!
(Sale precipitadamente por el foro derecha.)

ESCENA VIII:

MARIA.

¡Ah! gracias, gracias, Señor!...
al fin... al fin soy amada,
al fin una mano amiga
podrá ya enjugar mis lágrimas.
¡Ya no estoy sola en el mundo
como hace un instante estaba!
Si no es su pasion engaño,
si son ciertas sus palabras,
fálteme la luz del dia
si la de su amor me falta!
¡Tú, Madre de Dios, la única
que conocí en mi desgracia,
vierte un rayo de ventura
en mi vida solitaria
que aliento preste á mi espíritu,

que fecundice mi alma,
que enjugue mis tristes párpados ..
ó me los cierre mañana!

ESCENA IX.

MARIA, D. DIEGO, por el foro izquierda. Entra, y apenas vé á Maria, deja ver en su rostro una expresion de disgusto. Maria le vé y le responde con una amabilidad temerosa.

DIEGO. ¡Dios te guarde!
MARIA. Y él á vos... (Turbada.)
¿Venis cansado? (Al ver que se sienta.)
DIEGO. ¡No tal!
(¡Siempre su voz me hace mal!)
¿Sola?... (Sin mirarla.)
MARIA. Si.
DIEGO. (¡Solos los dos!...)
¿Margarita?...
MARIA. Con Gaspar
y Brígida en la funcion.
DIEGO. ¿Tú no fuiste?...
MARIA. Oí el sermon
y volví... no han de tardar.
DIEGO. (¡Eterna lucha! Su acento
atrae á veces el mio,
y otras le rechaza impio
con ímpetu violento...
Dios las facciones le dió
de la mujer que adoré,
y en quien mi honra cifré
y que mi honra ultrajó.)
MARIA. (¡Siempre ese desvio eterno
que hace cruel su beneficio!)
DIEGO. (¡Siempre sin ver un indicio
que trueque en gloria este infierno!
¡Oh! basta ya de agonia,
que mi injusticia me espanta,
y el cielo su voz levanta
contra su crueldad!...) Maria...
MARIA. Señor... (Con timidez.)
DIEGO. (¡Esa voz!...) (Con disgusto.)

Tiempo hace
que hablar queria contigo,
no el protector, el amigo...
¿Plácete el cambio?

MARIA. ¡Me place!

DIEGO. Injusto contigo fuí,
tal vez sin razon ninguna...

MARIA. Yo siempre, por mi fortuna,
generoso y noble os ví.
Há doce años que murieron
los que mi niñez cuidaron,
los que por mí procuraron
y de padres me sirvieron.
Su afecto era tan profundo
y yo los amé de suerte,
que su inesperada muerte
me dejó sola en el mundo.
Entonces vinisteis vos
al pueblo con Margarita,
y con piedad infinita
me recogisteis los dos.
Si por vosotros aliento
libre de mi suerte impia,
y si me dais cada dia
ella amor y vos sustento,
¿cómo no veros, señor,
con aliento agradecido,
si por vos he conocido
la gratitud y el amor?

DIEGO. ¿Recuerdas... si en tu niñez (Con intencion.)
te vió algun dia tu padre?

MARIA. Nunca... (Con tristeza.)

DIEGO. ¿No viste á tu madre
jamás?...

MARIA. ¡Ni una sola vez! (Con tristeza.)
Siempre viví con aquellos
que pobremente vivian
y por hija me tenian...

DIEGO. ¡Infeliz!... ¡reza por ellos! (Levantándose.)
¡Ellos no hicieron correr
por tus mejillas el llanto!
¡No merecen otro tanto (Con amargura.)

los que te dieron el ser!
¡Ese es del crímen el fruto!
Por un hora de placer
sembrar luego por do quier
lágrimas, deshonra y luto!
¡Vosotros sin compasion
la visteis llorar de hinojos...
las lágrimas de esos ojos
serán vuestra maldicion!
Alza la frente, Maria,
y á mi insensatez perdona,
si no arranqué la corona
de mártir que en tí veia.
No me comprendes... lo sé...
ni me comprendas jamás...
Desde hoy en mi amor tendrás
todo el que hasta hoy te negué.
Basta de amargas ideas
que hacen mi vida enojosa...
tú mereces ser dichosa
y yo quiero que lo seas.

MARIA. Yo lo soy al ver en vos
este cambio inesperado...

DIEGO. (¡Hasta hoy que la he perdonado
no me ha perdonado Dios!)
¡Ya no soy tu bienhechor,
soy sosten de tu virtud...
yo no quiero gratitud...
yo necesito tu amor!

MARIA. ¡Ah, señor!... (Conmovida.)

DIEGO. ¡Ven á mi lado!...
desde hoy ya no mas enojos.
Ven y enjuga aqui tus ojos, (Abrazándola.)
infeliz, que harto has llorado.
¡Déte mi pecho consuelo...
que nada desde hoy te aflija...
serás mi hija... mi hija...
(Luchando consigo mismo.)
y que me bendiga el cielo!
¡Mi amor será tan profundo
como lo fué mi desvio!

MARIA. ¡Oh, gracias, gracias, Dios mio!

(Con expansiva alegria y reconocimiento.)

DIEGO. ¡Ya no estás sola en el mundo!

ESCENA X.

MARIA, D. DIEGO, MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAR, que entra por el foro izquierda.

BRIG. ¡No corras!
(Á Margarita, que entra corriendo y se dirige á Don Diego.)
MARG. Si es que está padre...
DIEGO. ¡Margarita!...
MARG. (Mirándole.) ¡Tú has llorado!...
DIEGO. No tal... aprensiones tuyas...
MARG. Y ella tambien... ¡es extraño!
(Mirando á los dos alternativamente.)
DIEGO. ¿De dónde vienes?...
MARG. De ver
á la Vírgen.
DIEGO. ¿Y has rezado?
MARG. Por tí siempre.
DIEGO. ¡Eres muy buena!
MARG. Muchas gracias. (¿Y él?)
(Ap. con rapidez á Maria.)
MARIA. (No.)
BRIG. Vamos.
(Á Gaspar; ambos se dirigen á la puerta izquierda, y salen por ella.)

ESCENA XI.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO.

MARG. Señor don Diego Mendoza,
¿quiere ucé... sin que riñamos,
decirme por qué nos deja
tanto tiempo solitarios?
DIEGO. ¿Curiosidad ó cariño? (Sonriendo.)
MARG. Curiosidad... ¡Vamos claros!
¿Tan mal se está en esta casa,
que sale de ella temprano

y no vuelve hasta la noche?
¡Tanto le aman los extraños,
que por ellos á los suyos
deja á solas tanto rato?
(En este momento sale Brígida con una luz, que coloca en la mesa: detrás sale Gaspar: Maria se sienta al lado de la luz, y Brígida al otro extremo de la mesa.)

DIEGO. ¡Ven aqui! (La sienta sobre las rodillas.)

MARIA. No; una caricia
no es una respuesta: ¡al grano!

DIEGO. ¡He ido al monte!

MARIA. Pues el monte
tiene bien pocos encantos.
Chaparros... zarzas... espinos,
y culebras y lagartos...
aqui en casa, aunque haya bichos,
¡al menos no son tan raros!
¡Y mañana, que es la fiesta
del pueblo, y hay baile y pasos
de procesion... pensais iros
tambien?...

DIEGO. No, ya no me marcho...

BRIG. ¿No sabes, niña, que nunca
se pregunta á padre?...

DIEGO. Vamos,
no la riñas.

BRIG. Es preciso;
ó el dia menos pensado
trastorna toda la casa.

MARG. Si... pues los besos volaron
por hoy... (Levantándose.)

GASP. ¿Y mis espejuelos?... (Buscando.)

BRIG. ¿Y yo qué sé?...

GASP. ¡Ah! se quedaron
anoche dentro del libro.
(Abre la Biblia, que estará sobre la mesa.)
¿Leemos?...

MARG. Aun es temprano,
y tengo que hablar con padre
en secreto...

BRIG. ¡Renacuajo!

MARIA. ¡Ah!
(Cayéndosele la carta de entre el bordado: Margarita la vé, y la cubre con el pié rapidamente.)
DIEGO. ¿Qué?...
BRIG. ¿Qué es eso?...
MARG. No es nada.
Maria, que se ha asustado
al ver una mancha; ¡yo
la eché!... ¡perdona! (¡Debajo!)
(Ap. á Maria, alzando el pié y dejándola descubierta para que la coja.)
MARIA. (¡Oh!) (Cogiéndola turbada.)
MARG. (¡Cartita? ¡El capitan
no pierde el tiempo!) Volvamos
á nuestra conversacion,
señor padre!
DIEGO. Aqui te aguardo.
(Vuelve Margarita á sentarse sobre las rodillas de su padre.)
MARG. ¿Sabeis lo que el señor cura
dijo en el sermon?...
DIEGO. ¡Veamos!
MARG. Cuando llame á vuestra puerta
(Bajando la voz y con intencion.)
un hombre necesitado,
no le deis una limosna
con ágrio gesto ó mal trato,
que la caridad ordena
consolar al desdichado,
y la caridad mal hecha
mas que caridad es fausto!
DIEGO. Dice bien el señor cura...
MARG. ¿No me comprendes?... (Con intencion.)
DIEGO. No alcanzo.
MARG. El otro dia trajisteis (Marcadamente.)
para hacerme á mí un regalo,
un pobre palomo herido
que os hallasteis en el campo.
Toméle, y en vez de darle
agua y comida y dejarlo
curarse solo ó morirse,
le abrigué con mis dos manos,

le puse en la herida aceite,
le dí besos, le hice halagos,
no le dejé en cuatro dias
sin calor y sin cuidados,
y ayer andaba ya solo
alegre, contento y sano!
¿Hice bien?...

DIEGO. ¡Muy bien hiciste!

MARG. ¿Y sabeis lo que he logrado?

DIEGO. No.

MARG. Que el pobre me conoce
de tal modo, que si paso
por el huerto, abre sus alas,
y con vuelos y con saltos,
colocándose en mi hombro
y dándome picotazos,
parece como que dice
¡muchas gracias! ¡me has curado!

DIEGO. Bien... ¿y qué? (Pausa.)

MARG. ¿Veis á Maria,
señor padre?...

DIEGO. Si...

MARG. ¡Pensadlo!

(Se levanta y se dirige á la mesa, quitando á Gaspar el libro en que esté leyendo.)

DIEGO. (¡Oh! la leccion de esa niña
ha sido para mí un bálsamo!
¡El paso que yo dí antes
la inocencia le ha aprobado!)

MARG. Trae el libro, que ya es hora. (Á Gaspar.)
¿Leo, (Á D. Diego.) padre? (Sentándose en medio.)

BRIG. ¿En qué quedamos?

GASPAR. Tú pondrias la señal...

MARG. ¡Aqui está!...

DIEGO. ¡Dios me ha inspirado!...

MARIA. (¡Oh! yo temo que adivinen
mi turbacion. ¡Cuánto le amo!)

MARG. (Leyendo en voz alta, sin intencion dramática ninguna y con la mayor naturalidad.)
[1] «La justicia eterna caerá sobre los mal-

---

1 Levítico, XXIV.

»vados, y las iras del Dios de los justos des-
»plomarán la ciudad maldita...

»Y serán consumidos por los pecados de
»sus padres y los suyos.

[1] »Hasta que paguen sus maldades y las
»de sus mayores.»

DIEGO. ¡Ah! no, Margarita... eso...
(Levantándose con la mayor agitacion.)
no puede ser...

MARG. ¡Está claro!...
(Leyendo, sin comprender á su padre.)
«Los pecados de los padres caerán sobre
»sus hijos hasta la cuarta generacion.

»Y los réprobos serán castigados por los
»pecados de sus padres y los suyos.»

DIEGO. ¡Si! ¡Dios lo dice!

MARIA. ¿Qué es esto?
(Todos le miran, sin comprender su turbacion creciente.)

DIEGO. ¡Lee, Margarita, otro párrafo!
No al Dios justo, sino al Dios
misericordioso llamo... (Con ansiedad.)

MARG. (Abriendo la Biblia por otro lado, y leyendo en voz alta; como antes.)
[2] «Si tu enemigo tiene hambre, dále de
»comer; si tiene sed, dále de beber, y Dios
»te recompensará.»
(Movimiento de asentimiento y agrado en Mendoza.)
[3] «Cuando os pusiereis á orar, si teneis
»algun odio contra alguno, perdonadle, para
»que vuestro Padre, que está en los cielos,
»os perdone tambien á vosotros vuestros pe-
»cados.»

DIEGO. Si...

MARG. [4] «Habeis oido que se dijo: «amarás á tu
»prójimo y aborrecerás á tu enemigo;» pero

---

1 Jeremias, V.
2 Proverbios, 21, cap. XXVI.
3 S. Márcos, 25.
4 S. Mateo, 42.

»yo os digo: «amad á vuestros enemigos y
»haced bien á los que os aborrecen, y orad
»por los que os persigan y calumnien.»

DIEGO. Eso es...

MARG. «Porque si vuestra alma está llena de ren-
»cores, por mas oraciones que hiciereis, no
»os salvaré.
»Si vuestro corazon está lleno de odio, por
»mas beneficios que hiciereis, no os amaré.
»Si vuestras manos estan llenas de sangre,
»por mas oraciones que hiciereis, no os es-
»cucharé.»

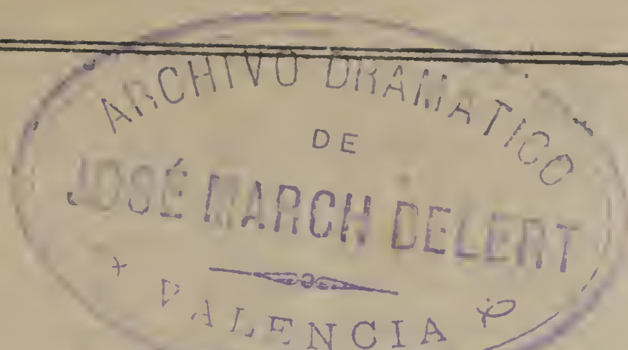
DIEGO. ¡El Dios que perdona
es el Dios de los cristianos!
(En este momento se oye á lo lejos dar las ánimas en la iglesia, de modo que no interrumpa la representacion.)
¡Las ánimas! (Todos se levantan.) Ven, Maria,
llámame desde hoy tu padre.

MARIA. ¡Ah! (Corriendo á sus brazos.)

MARG. ¡Bien! (Con alegria.)

DIEGO. ¡Reza por tu madre!...
y tú tambien, hija mia... (Á Margarita.)
de hoy mas no estará conmigo
quien vé llorar y no llora;
porque al bendecirte ahora
hoy á tus padres bendigo.
(Las dos se arrodillan á sus dos lados, y las bendice.)
Que si fueron sus acciones
causa de tu acerbo llanto,
siempre el perdon es mas santo
concedido entre oraciones.
¡Rezad con fervor y anhelo
para que á su puerto arriben:
la oracion de los que viven
abre á los muertos el cielo!
(Ambas quedan de rodillas rezando. D. Diego extiende las manos sobre sus cabezas y alza al cielo los ojos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una plaza á la salida de Robledo Á la izquierda del espectador, en segundo término la fachada de la iglesia con verja de hierro saliente y semicircular; desde la primera casa del mismo lado una tapia que se une á la iglesia, y por la que se ven las copas de los árboles. Frente á la puerta de la iglesia, y en el centro del teatro, una cruz de piedra con su base de lo mismo. Á la derecha del público la fachada de una casa que hace esquina; prolóngase en esta direccion el pueblo hasta el foro, en el que de frente al público, en último término, se vé la casa de D. Diego con puerta y rejas practicables. La escena está iluminada durante todo el acto por la luz de la luna, sin que por eso esté oscura ni un momento.

ESCENA PRIMERA.

El ALCALDE, MOZOS y MOZAS del pueblo.

Al levantarse el telon, aparecen todos formando varios grupos, viendo bailar á unas cuantas parejas y animándolas con sus voces de alegria. El Alcalde estará sentado al lado de una mesa, sobre la que habrá dos pellejos de vino y jarros de barro: algunos mozos alumbran el cuadro con hachones. Terminado el baile se levantan los mozos, y quedan las mozas formando corro sentadas en el suelo.

Mozo 1.° ¡Por la Vírgen de Robledo!
¡nuestra señora del Olmo!
(Todos gritan)

ALC. ¡Bien por el brindis, muchachos!
(Levantándose.)
MOZO 2.º ¿Quién le autoriza? (Y bebiendo en una jarra.)
ALC. ¡Yo y todo!
que para eso soy Alcalde
hoy dia quince de agosto,
del año de gracia, mil
setecientos diez y ocho!
MOZO 1.º Y diga el señor Alcalde,
¿por qué dá ejemplo en el sorbo,
y no nos le dá en las danzas
burlándose de nosotros?
ALC. Porque dice una premática
que hoy han de obedecer toos,
que el vino es para los viejos
y el baile para los mozos.
MOZO 1.º ¿Y si queremos bailar
y beber á un tiempo?
ALC. (Con énfasis.) ¡Móstruos!
¿no sabeis que el vino tapa
los sentios y los ojos?
¿Cómo hacer pasos derechos
si está torcio el meollo?
MOZO 1.º Pero...
ALC. ¡Basta, no se bebe! (Murmullos.)
¡Yo lo mando! (Dando con la vara en el suelo.)
MOZO 2.º ¡Nadie el mosto
nos ha quitao hasta ahora!
ALC. ¡Yo le quito y no soy tonto!
¡empues del último paso,
se tomará el primer sorbo!
¡siga el baile!
TODOS. ¡Siga el baile!
MOZO 1.º (¡Por vida del viejo chocho!)
(Se repite el baile, y terminado entre gritos, el Alcalde vuelve á levantarse, y poniéndose al lado de la mesa, dice:)
ALC. ¡Primer pellejo de vino!
TODOS. ¡Victor el Alcalde!
ALC. Mozos,
á beber cuanto se quiera;
pero aquel que sea mas flojo

y le vea entre dos luces
antes de que den las ocho,
duerme la mona en la cárcel;
con que ojo al Cristo y mucho ojo!
(Cogen un pellejo entre cuatro, y los demas mozos cogiendo las hachas y los jarros, se dirigen al foro izquierda. Villadiego sale por detrás de la iglesia y los detiene. El Alcalde se queda en el corro de las mozas con un jarro de vino en cada mano, de los que bebe alternativamente.)

ESCENA II.

El ALCALDE, MOZAS, MOZOS, VILLADIEGO.

VILL. ¿Adónde vá ese difunto?
MOZO 1.º ¿Le conoce?
VILL. Le conozco;
y como he sido su amigo
quisiera echarle un responso.
MOZO 1.º Forastero, aquí á los muertos
los enterramos nosotros.
VILL. Pero... (Tratando de coger un jarro.)
MOZO 1º. ¡Cuánto vá que el jarro
en la cabeza le emboco? (Amenazándole.)
MILL. ¿Cómo se entiende?
MOZO 1.º ¡Á mí, chicos!...
VILL. ¡Villanos! (Echando mano á la espada.)
ALC. ¡Eh! ¿qué alboroto
es ese?
VILL. ¡Señor Alcalde, (Bajando al proscenio.)
son ellos!
MOZOS. ¡Es él!
MOZO 1.º, ¡Los mozos
del pueblo no le conocen!
VILL. ¡Ni quiero!
MOZO 1.º ¡Á que le acogoto!
ALC. ¡Basta! ¿Quién eres?
VILL. Yo soy,
para que me sirvan todos,
Juan Villadiego, criado,
muy bien criado en Pancorvo,

que naciendo para amo
se quedó en criado solo.

ALC. Hable en romance y no en griego.
¿Eres forastero?

VILL. Sóilo.

ALC. ¿Y qué quieres?

VILL. ¡Beber vino,
como constante devoto
de la Vírgen, cuya fiesta
celebra hoy el pueblo todo!

ALC. Forastero, aqui no hay vino
para el que no vino al corro...
vino tarde, porque el vino
vino aqui para nosotros.

MOZOS. ¡Victor el Alcalde!

VILL. ¡Victor
la hospitalidad!

MOZO 1.° (Cogiendo el pellejo.) ¡Al hombro!
(Se retiran todos con el Alcalde al foro izquierda.)

VILL. Pues de aquel corro me echan,
¿me admiten en este corro? (Á las mozas.)

MOZA 1.ª ¡Aqui todo el mundo cabe!

VILL. ¡Adentro pues!... (Entra en el corro.)

MOZA 1.ª (Á otras, aparte.) ¡Es buen mozo!

VILL. (Mirando á un lado y á otro.)
¡Me parece que este vino
emborracha mas que el otro!

ALC. Vosotras teneis licencia (Á las mozas.)
para murmurar del prójimo,
que en noches de jubileo
los pecados no son gordos.

ESCENA III.

MARIA, MARGARITA, GASPAR, el ALCALDE, MOZOS y MOZAS.
Salen de la casa del foro Maria, Margarita y Gaspar, y bajan al proscenio.

GASP. ¡Dios guarde á la compañia!

MOZO 2.° ¡Viejo Gaspar, aqui hay mosto!

GASP. ¡No me gusta bautizado!

MOZO 1.° Este es moro.

GASP. Vóime al moro.
(Se queda bebiendo con ellos en el foro izquierda.)
MARG. Dios guarde al señor Alcalde
de malas rondas... (Saludándole.)
ALC. ¡Pimpollo!
Dios te guarde de las uñas
de mi alguacil...
MARG. (Á las mozas, que se estrechan.) ¡Haced corro!
MOZA 1.ª Si tú vinieras mas sola,
cabrias mas. (Mirando á Maria.)
MARIA. (¡Qué sonrojo!)
MOZA 1.ª No hay mas que un sitio.
MARG. (Tomando el que le ofrecen.) Pues ese...
es para mi hermana....
(Hace pasar á Maria y ella se queda fuera.)
MOZA 1.ª ¡Cómo!
MARG. ¡Si no le ofrecen, le pido;
si no me lo dan, le tomo!...
VILL. ¡Viva la rapaza!
MARG. Viva
Periquito entre ellas.
ALC. (Bebiendo.) ¡Otro!
MARIA. (¡No está!) (Mirando á todas partes.)
MARG. Mirad cómo bebe
el alcalde Juan palomo,
yo me lo guiso, yo...
MARIA. (Reprendiéndola.) ¡Calla,
Margarita!
ALC. (Á los mozos.) ¡Último sorbo!
MARG. ¿No servís vos de escudero (Á Villadiego.)
á un capitan muy buen mozo,
que gusta de las muchachas?
VILL. Y en género tan gustoso
no fuera galan de gusto
quien no gustára lo propio.
¡Soy el escudero, niña!
MARG. ¿Y el amo, no viene al corro?
VILL. No le gusta el mucho ruido...
MARG. Temerá quedarse sordo.
(En este momento aparece D. Gonzalo mirando á todas partes, hasta que vé á Maria.)

ESCENA IV.

MARIA, MARGARITA, MOZAS, el ALCALDE, VILLADIEGO, los MOZOS y D. GONZALO.

GONZ. ¡Allí está! (Con alegria.)
MARIA. (¡Ah!) (Viéndole. Todas la miran.)
MARG. (Mirando al capitan y á Maria.)
¿Qué? ¿te has pinchado?
Si lo dije, toma este otro.
(Le quita un alfiler, que tira, y le dá uno mejor.)
TODAS. ¡El capitan! (Viendo á D. Gonzalo.)
MARG. Forastero, (Llamándole.)
¿no quiere acercarse al corro?
¡Ved que se juega á la rifa,
y ya van sacadas ocho!
GONZ. ¡Yo iba á suplicarlo, niña!
MARG. (¡Prudencia, y alza los ojos!)
(Con rapidez á Maria mientras se acerca D. Gonzalo á las mozas.)
ALC. Dió fin la estacion primera.
Ahora á la plaza con todo,
que hace juegos de artificio
el hijo de Anton Chamorro.
TODOS. ¡A la plaza!...
(Entran en la casa la silla del Alcalde y la mesa con el pellejo vacio.)
GONZ. (Ap. á Maria.) (¿Ni un momento?...)
MARG. ¡Que nos miran! (Ap. á D. Gonzalo.)
ALC. (Señalando el pellejo lleno.) ¡Venga el otro!
MARG. (Mientras Maria y las Mozas se levantan, y los Mozos vuelven de la casa.)
Capitan... ¡cuatro palabras
solamente! (Llevándosele á un extremo.)
GONZ. ¡Cuatro y ocho!
MARG. ¿Quereis bien? (Con intencion.)
GONZ. Mas que á mi vida.
MARG. ¿Quién le fia?...
GONZ. Yo respondo.
MARG. ¿Libre?... (Con mucha rapidez hasta el fin.)
GONZ. Tanto como el aire.

MARG. ¿Leal?
GONZ. ¡Como tal me porto!
MARG. ¿Constante?...
GONZ. Mas que ninguno.
MARG. ¿Sincero?...
GONZ. ¡Como yo solo!
MARG. Gracias, ¡y Dios os lo pague!
(Saludando y queriendo retirarse; D. Gonzalo la detiene por el foro.)
GONZ. ¡Tambien pregunto!...
MARG. Y respondo.
GONZ. ¿Quiérenme?
MARG. ¡Asi lo parece!...
GONZ. ¿Para siempre?
MARG. ¡Y aun es poco!
¿Será su esposa?...
GONZ. ¡Lo afirmo!
¿Lo desea?...
MARG. ¡Lo supongo!
GONZ. ¡Un abrazo! (Queriendo abrazarla.)
MARG. (Esquivándole.) No le admito,
¡puede hacerle falta... á otro!
ALC. ¡Á la plaza! (Sale por la derecha.)
GASP. (Á Margarita.) Niña, ¿vamos?...
MARG. Ahora voy.
GASP. Juntos nosotros
hemos de irnos...
(La coge de la mano y salen por la derecha con las mozas y los mozos, que se llevan el otro pellejo y las hachas.)
MARG. (Al salir.) ¡Ven, Maria!...
(Maria, que ha quedado la última, vá á salir y don Gonzalo la detiene.)
GONZ. Un instante... (Suplicante.)
MARIA. No... (Vacilando.)
GONZ. ¡Uno solo!

ESCENA V.

MARIA, D. GONZALO.

MARIA. Ved que al punto notarán (Turbada.)

que me han perdido de vista.
GONZ. La alegria es egoista,
y todos alegres van.
MARIA. ¿Qué quereis?
GONZ. ¡Veros y hablaros
en mi amor puro é inmenso...
y deciros cuanto pienso,
y oiros y contemplaros!...
MARIA. Harto me comprometí
con vuestra carta primera...
GONZ. ¿La leisteis?... (Con fuego.)
MARIA. (Bajando la voz.) Toda entera...
GONZ. ¿Dónde la guardais?
MARIA. Aqui. (Señalando al pecho.)
GONZ. Anoche, bien de mi vida,
sola estuvo mi tristeza;
¡muy mal vuestro amor empieza
si sus promesas olvida!
MARIA. Con gusto á veces se inmola
ante el malestar la calma;
¡yo no os ví, porque mi alma
necesitaba estar sola!
GONZ. ¿Y dónde hubiera encontrado (Con fuego.)
mas consuelo que en la mia?
¡Abre el corazon, Maria,
á quien el suyo te ha dado!
Dos meses há que te adoro
y que tu semblante empaña
una pesadumbre extraña,
cuyos motivos ignoro.
Esa profunda tristeza
me desalienta y disgusta,
tal vez porque mal se ajusta
á tu edad y tu belleza.
¿Qué misterio hay en tu vida
que asi tu existencia embarga?
¿Por qué una flor tan amarga
quieres guardar escondida?
MARIA. ¡Muy tristes son sus colores! (Con amargura.)
GONZ. ¿Por qué, pues, no la derrumbas?
MARIA. No, dejadla; hasta en las tumbas
se dejan crecer las flores.

GONZ. ¡Maria, yo ese pesar
que me cuentes necesito!...
¡Si llorar es un delito
quiero contigo llorar!

MARIA. Huérfana y pobre he nacido;
y aunque decis que soy bella,
siempre ha alumbrado mi huella
la estrella del desvalido.
Como hay mil plantas sin nombre
que tiñen la verde alfombra
y crecen entre la sombra
sin que las advierta el hombre;
que en su desventura santa
porque tener vida puedan,
se entrelazan y se enredan
en el tronco de otra planta;
flores de cerrado broche;
que en ignorada agonia
ni ven el fulgor del dia
ni las auras de la noche;
que solas nacen y crecen,
solas alientan y viven,
solas el aura reciben
y solas desaparecen,
tambien hay seres sin nombre
que viven en triste duelo,
sin la compasion del cielo,
sin las sonrisas del hombre:
seres que como esas flores
de la suerte se acobardan
aunque en sus pétalos guardan
rico manantial de amores:
seres con amor profundo
que viven tristes sin calma,
que tienen aliento y alma
y estan solos en el mundo.
Para ellos nunca hay placeres,
para ellos siempre hay dolores...
yo soy una de esas flores,
yo soy uno de esos seres. (Pausa.)
Mi padre nunca bendijo
la cuna que me meció;

mi madre nunca me dió
el beso que alegra al hijo.
Y mis diez primeros años
cumplí tristes y sombrios,
mirando semblantes frios,
pidiendo besos extraños.
Un dia el hombre me vió
con quien desde entonces vivo,
y su generoso abrigo
su honrado pecho me dió.
Pero tampoco un momento
hallé la felicidad:
¡el que siembra caridad
recoge agradecimiento!
No amor; jamás puede harllarle
el que duda en concederle...
¡Amor! ¡Para recogerle
es necesario sembrarle!

GONZ. Yo te lo exijo, Maria;
yo que te le doy tan santo;
no ya en tus ojos el llanto
tu vida aumente sombria.
Yo mi amor, puerto seguro
á tus desdichas ofrezco,
yo, que tambien le merezco,
que te le consagro puro.
No anuble duda ninguna
tu mirada cariñosa;
mañana serás esposa
de don Gonzalo de Luna.

MARIA. ¡Ah! (Sin dar crédito á lo que oye.)

GONZ. Yo no tengo mas bienes
que el porvenir de un soldado...
pero viviendo á tu lado
¿qué mas rico?... Dí... ¿qué tienes?...
¿No admites mi oferta?

MARIA. Si.

GONZ. ¡Premio logra tu virtud!

MARIA. ¡Amor tengo y gratitud!

GONZ. ¡Amor solo quiero en tí!

MARIA. ¡El mio es grande y profundo!
Por vos vivo y en vos pienso...

¡si el vuestro no es tan inmenso
dejadme sola en el mundo!

GONZ. ¡Eterno el mio ha de ser!

MARIA. ¡No os equivoqueis por Dios,
que solo, Gonzalo, en vos
vé su dicha esta mujer!...
¡Y si un olvido hace daño
al alma mas venturosa,
¿qué hará en la que no es dichosa
el último desengaño?...

GONZ. ¡No temas!...

MARIA. Cuando el olvido
de un amor un pecho hiere,
si late aun, si no muere
al crudo dolor rendido,
es porque otras afecciones
le consuelan con su encanto,
es porque otro amor tan santo
le dá nuevas ilusiones.
Así el pesar se concilia
y á no sucumbir se aviene
el ser dichoso que tiene
padres, hermanos, familia...
Justo es que vivir codicien
los que ven, si sufrir suelen,
que hay ojos que los consuelen,
brazos que los acaricien;
pero á mí el dolor me aterra
de una esperanza perdida...
¿qué seria de mi vida
sin ningun lazo en la tierra?...
¡Oh, no! ese amoroso anhelo
que yo escuchaba indecisa,
es la primera sonrisa
que he visto por mí en el cielo...
¡De ella irá mi vida en pos
cuanto tú me quieras mas!...
¡Que no me falte jamás
esa sonrisa de Dios!

ESCENA VI.

MARIA, GONZALO, MARGARITA por la derecha.

MARG. ¡Maria! (Llamando desde dentro.)
MARIA. ¡Ah! (Asustada.)
MARG. (Saliendo.) Padre ha llegado...
MARIA. ¡Adios. (Con rapidez á Gonzalo.)
MARG. Los fuegos acaban
y aun no se nota tu ausencia.
Señor capitan... ¡dejadla!...
MARIA. ¡Gracias! (Á Margarita.) ¡Adios! (Al Capitan.)
GONZ. ¡Oh, confia
en mi amor y en mis palabras!
(Maria se vá por la derecha.)
MARG. ¡No direis que yo no tengo
á los que se quieren lástima!
GONZ. ¡Oh, ven aqui! (Quiere abrazarla.)
MARG. (Apartándole.) ¡No soy ella,
capitan, que soy su hermana!
GONZ. ¡Serás la mia!
MARG. (Con curiosidad.) ¿Qué? ¿hay boda?
GONZ. ¡Si tal!
MARG. ¡Qué aprisa se anda!
Dios os haga bien casado... (Le bendice.)
Capitan... hasta mañana.
(Se vá por la derecha, saludándole.)

ESCENA VII.

D. GONZALO.

¡Bien hayas, noche apacible!
¡noche serena, bien hayas!
Ya tu luz no saldrá nunca
para alumbrar la desgracia,
ya en su corazon de ángel
el sol verterá sus galas,
y á los rayos de su lumbre
se abrirá feliz su alma.
Tú, menos triste que sueles,

luna bella, y menos pálida,
has protegido esta noche
mi amor y mis esperanzas!
Tú, noche tranquila, has sido
la aurora de un bien que avanza:
¡bien hayas, noche apacible!
¡noche serena, bien hayas!

ESCENA VIII.

D. GONZALO, VILLADIEGO, por la derecha.

VILL. Aqui está: véngoos buscando,
capitan. (Con un pliego en la mano.)
GONZ. ¿Qué ocurre?
VILL. Acaban
de traer un pliego.
GONZ. Dámele.
VILL. La contestacion no aguardan.
GONZ. ¿Quién le trajo?
VILL. Un ballestero
de la avanzada inmediata.
GONZ. No sé qué temor...
(Coge el pliego, le abre y le lee á la luz de la Vírgen de la tapia de la izquierda.)
¡Qué veo!
Órden de partir sin falta
á la córte con el tercio
esta noche!...
VILL. ¿Aviso?...
GONZ. ¡Aguarda!
(Paseándose con agitacion y pensando.)
¡esta noche!...
VILL. Hacer se pueden
las seis leguas de jornada
sin reventar los caballos
antes que despunte el alba.
GONZ. Mas sin verla no es posible...
¡Oh! yo necesito hablarla...
¡mejor que eso! aun es temprano...
Avisa al alferez Arias,
que todos esten dispuestos,

y tú vé á buscarme á casa
de don Diego de Mendoza.

VILL. Nadie habrá en ella.

GONZ. ¿Qué causa?...

VILL. Que como aun dura la fiesta
y los fuegos en la plaza...
allí estará todavia (Con malicia.)
lo que vos buscais...

GONZ. Te engañas.
¿Has visto á don Diego?

VILL. Turbio
se vé allí... la gente es tanta...
que no le he visto...

GONZ. Buscarle
necesito sin tardanza...
(D. Diego aparece por la derecha.)
pregunta... inquiere...

VILL. (Viéndole.) Miradle,
que se dirige á su casa.

GONZ. ¡Véte! (Villadiego se vá por la izquierda.)
¡Hidalgo! (Llamando á D. Diego.)

DIEGO. ¿Qué se ofrece?

GONZ. (¡Cumplí pronto!) Dos palabras.
Diego baja al proscenio, observando á D. Gonzalo con atencion.)

ESCENA IX.

D. GONZALO, D. DIEGO.

GONZ. Dispensad, señor don Diego,
que os detenga en tal paraje...

DIEGO. Mi casa os dará hospedaje. (Dirigiéndose á ella.)

GONZ. Urge el caso...

DIEGO. ¡Decid luego!

GONZ. Cuantos de vos me han hablado,
tan bien, don Diego, lo hicieron,
que en mí el pesar encendieron
de no haberos aun tratado.
Y eso alienta mi valor,
que no todo el mio tengo,
porque hoy á pediros vengo

un señalado favor. (D. Diego le mira sorprendido.)
No esteis de verme turbado
ni receleis con afan...
Soy, don Diego, el capitan
del tercio aquí acantonado.

DIEGO. Licencia el hidalgo deme
para dejarle advertido
de que yo nada he temido...
¡Quien obra bien, nunca teme!

GONZ. Verdad es: por eso yo
nunca he temido enojaros,
don Diego, al llegar á hablaros.

DIEGO. Mi voz os interumpió...
Seguid...

GONZ. Dos meses escasos
hace que vivo en Robledo;
y el por qué deciros puedo,
que nunca oculté mis pasos.
Ya afianzado en el trono
nuestro rey Felipe quinto,
recordó que este recinto
víctima fué de su encono,
y que en medio de la guerra
que combatió su derecho,
y á España tan pobre ha hecho,
perdió no poco esta tierra.
Á su futuro reposo
acudió el rey diligente,
que el que es lidiando valiente
es venciendo generoso.
Yo, con poderes honrados
vine con tropa y doblones
á dar indemnizacionos
á los mas perjudicados.
Quien mi comision alcanza
no está mal en su carrera,
que nunca se dá á un cualquiera
cargo de tal confianza.

DIEGO. Mucho el empleo os abona...
Seguid, que impaciente espero.

GONZ. No lo tomeis por ligero
elogio de mi persona;

sino solo como prueba
de mi honradez conocida,
y exacta y justa medida
del paso que á vos me lleva.
En dos meses que aqui estoy
con mi obligacion cumpliendo,
continuamente estoy viendo
un ángel por donde voy,
que cumplirá, no os asombre,
con su envidiale cariño,
las ilusiones del niño
y los encantos del hombre.
No del amor que me abrasa
os cansarán mis suspiros,
ese ángel vengo á pediros
que teneis en vuestra casa.

DIEGO. ¡Maria! (Despues de un momento.)

GONZ. Maria, si,
es la que vive en mi pecho;
la que de la vida ha hecho
una gloria para mí.
Vos, que su orfandad cuidasteis,
y niña la recogisteis,
y amparo y techo la disteis
y por su virtud velasteis,
podeis hacerla dichosa
ademas de agradecida;
podeis alegrar mi vida
dándomela por esposa.

DIEGO. Absorto estoy de escucharos,
si no me pesa de oiros,
pero ni sé qué deciros
ni tengo qué contestaros.
Honrado es vuestro deseo
y harto me debe alegrar,
que no pudiera aspirar
Maria á mejor empleo.
Á ser, capitan, mi hija,
yo la diera tal esposo;
mas no siéndolo es forzoso
que su voluntad exija.
Ella la intencion sabrá

con que á hablarme habeis venido,
y despues de haberme oido
lo que ella quiera se hará.

GONZ. Gracias entonces os doy,
pues me haceis afortunado...

DIEGO. No os entiendo...

GONZ. Ya he logrado
su consentimiento hoy.

DIEGO. ¿La hablasteis? (Con extrañeza.)

GONZ. Aqui hace poco.

DIEGO. ¿Y os escuchó?...

GONZ. Enajenada. (Con sencillez.)

DIEGO. Y os respondió...

GONZ. Enamorada.

DIEGO. ¡Estais loco!

GONZ. ¡No estoy loco!
Injusto es por vida mia
que tal noticia os asombre.
Yo le ofrecí amor y nombre,
ni amor ni nombre tenia.

DIEGO. ¡Es verdad! (Bajando la cabeza.)

GONZ. Vió que un hidalgo
queria dichosa hacerla...
yo empecé por ofrecerla
cuanto soy y cuanto valgo.

DIEGO. ¿Y al dejar mí compañia (Asombrado.)
de algun pesar no dió muestra?

GONZ. Ella es huérfana en la vuestra
y vá á ser dueño en la mia.

DIEGO. Yo su orfandad amparé,
su existencia protegí...

GONZ. Yo su alma á la vida abrí
al darle mi amante fé.

DIEGO. Tambien el amor se olvida. (Con amargura.)

GONZ. Por mí vivirá estimada...

DIEGO. Tal vez mas que apasionada
os estará agradecida.

GONZ. ¿Por qué mi fé destruir? (Con intencion.)

DIEGO. Mirar por ella es mi empeño...

GONZ. Bien mirais al darle dueño...

DIEGO. Es que yo... (¿Qué iba á decir?)
(Dominándose instantáneamente.)

(¿Qué es esto? Si el corazon
me recuerda hoy mi deber,
este hombre ha venido á ser
sin duda mi expiacion!)

GONZ. ¡Ved, don Diego, que os escucho...
y ved que no sois su padre!...
Para que mi amor no os cuadre
habeis de decirme mucho...
(Con dignidad y sentimiento.)

DIEGO. Solo he querido decir,
que aunque el amor os abone,
justo es que ella reflexione
mucho, antes de consentir.
Dejad que en tal peticion
pueda pensar con más calma,
y el placer que siente el alma
se sujete á la razon.

GONZ. La mia vé con afan
que no me habeis contestado...

DIEGO. (¡No sé lo que me ha pasado!)
Teneis razon, capitan.
Quien se porta como vos
mi apoyo franco merece...

GONZ. Que me la negais parece.

DIEGO. ¡Os engañais!

GONZ. ¡Juzgue Dios!

DIEGO. Para Maria os admito...
prenda de ello es este abrazo. (Le abraza.)
Solo os pido un breve plazo...
creed que lo necesito!...

GONZ. ¡Imposible!

DIEGO. ¿Qué decis?

GONZ. Esta noche he de marchar,
y certeza he de llevar
de verla mia.

DIEGO. (Sorprendido.) ¿Partis?...

GONZ. Órden tengo que me impida
quedarme aqui y escucharos...
ni puedo el plazo otorgaros
ni dilatar mi partida.
Por eso sin aguardar
al nuevo dia, os hablé,

y por eso os obligué
mi deseo á contestar.

DIEGO. Vais á la córte?

GÓNZ. Á allí voy.

DIEGO. Y volveis...

GONZ. Por mi deseo
en cuanto llegara...

DIEGO. ¡Os creo!

GONZ. Mirad que impaciente estoy.

DIEGO. (No mas dudar...) Venid pues...
y busquemos á Maria:
si ella en vuestro afecto fia...
si ella os ama... vuestra es!

GONZ. ¡Ah! ¡gracias... vamos... mirad!
(En este momento aparecen por la derecha Maria, Margarita y Gaspar con direccion á la casa.)

DIEGO. ¡Ella es!

GONZ. ¡Vereis si miento
al pintaros su contento!

DIEGO. ¡Venid, Maria!...
(Llamando á Maria, que se vuelve al oirle. Margarita y Gaspar se paran.)
¡Aguardad!
(Á D. Gonzalo, aparte y con gravedad.)

ESCENA X.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO, D. GONZALO, GASPAR.

MARG. ¡Padre aqui!... ¡Que Dios os guarde!
(Corriendo para saludarle, y viendo á D. Gonzalo.)
(¿Y el capitan?)

MARIA. (Al ver á Gonzalo.) ¡Ah!

DIEGO. (Observándola.) (¡Turbóse!)
¡Margarita, con Gaspar
y Brígida te recoge!...

MARG. (¡Quieren hablar en secreto!...)
Es temprano... (Suplicante.)

DIEGO. Buenas noches.
(Con gravedad amable enseñándole la casa.)

MARG. (Que me despiertes si entras
y estoy dormida.) (Ap. á Maria.

GASP. (Acercándose.) Las once
son ya, señor...
DIEGO. Retiraos...
MARG. (¡Ya te doy el alboroque!
¡Señor padre, y el de marras...
á boda trasciende!) (Ap. á Maria.)
(Á una seña de D. Diego.) ¡Vóime!
(Gaspar y Margarita entran en la casa, cuya puerta se cierra. Á poco se vé la luz en la habitacion por una de las rejas.)

ESCENA XI.

MARIA, D. DIEGO, D. GONZALO.

MARIA. (¡Temblando estoy!)
GONZ. (Mirándola.) (¡No me mira!)
DIEGO. (¿Qué pasa en mi alma esta noche?)
Maria...
MARIA. ¡Señor!
DIEGO. Acércate...
Acercaos... (Á D. Gonzalo: ambos lo hacen.)
¿Le conoces?
(Examinando á Maria con atenciou y ansiedad.)
MARIA. Si. (Denunciandó su turbacion.)
DIEGO. ¿Desde cuándo?
MARIA. ¡Há dos meses!...
DIEGO. ¿Y tú le amas?...
MARIA. Desde entonces.
(Bajando la vista.)
DIEGO. Con él hablaste hace tiempo...
MARIA. No, señor, solo dos noches.
DIEGO. ¡Dos! (Sorprendido.)
MARIA. Ayer fué la primera. ..
DIEGO. ¡ Muy aprisa el amor corre!
Él te ama...
MARIA. (Sonriendo.) ¡Asi me lo dijo!
DIEGO. Bien, ¿y tú le correspondes?...
MARIA. Si fijó en la pobre huérfana
sus hidalgas intenciones ,
poco con mi amor le pago
aunque mi amor sea enorme!

DIEGO. Él tu mano me ha pedido...
MARIA. Con ella el aliento dóile.
DIEGO. Yo esperaba tu respuesta...
MARIA. ¡Á su voluntad es dócil!
DIEGO. Á nadie en la tierra tienes (Con emocion.)
mas que á mí; ¡tú no conoces
cuánto te quiero! Yo mismo
lo ignoraba hasta esta noche.
Natural es que procure
que tu suerte se mejore:
solo te falta á mi lado
una posicion y un nombre...
él te le dá, tú lo aceptas...
y yo debo estar conforme.
Capitan... vuestro deseo
cumplido se vé.
GONZ. ¡Dios oye
los votos justos, y el mio
era sincero, era noble!
DIEGO. Eres buena, eres honrada...
justo es que la dicha logres.
¡Capitan, á vuestra vuelta
venid á verme!
MARIA. (Sorprendido.) ¿Os vais?...
GONZ. (Con pesar sincero.) Vóime
donde mi deber me llama.
DIEGO. ¿Volvereis pronto?
GONZ. Conforme
es mi deseo, mañana
volveria.
DIEGO. No se enoje
si antes de partir le hago
varias preguntas.
GONZ. Os oye
mi deseo: á contestaros
dispuesto estoy.
DIEGO. Vuestro porte,
vuestro lenguaje y conducta
indicios me dan mejores
que nada de vuestra cuna.
GONZ. Hidalgo soy.
DIEGO. ¿Rico?

GONZ. Pobre
quedé á la muerte de un padre,
que murió há trece años.
DIEGO. ¿Dónde?
GONZ. En Salamanca. Fué rico,
segun dicen, cuando jóven;
pero la adversa fortuna
á su vejez persiguióle,
y no me dejó en herencia
mas que su honor.
DIEGO. (Con interés.) ¿Vuestro nombre?
GONZ. Gonzalo de Luna.
DIEGO. (Trastornado y fuera de sí.) ¡Cielos!
GONZ. ¿Qué teneis?
MARIA. ¿Qué es eso?
DIEGO. (Cogiendo á D. Gonzalo y preguntándole con agitacion creciente.)
¿Lope
se llamaba vuestro padre?
GONZ. Cierto... (Sin comprender.)
DIEGO. (Fuera de sí.) ¡Maldicion entonces!
GONZ. ¿Qué decis? (Con extrañeza.)
DIEGO. Calma un momento.
Decidme, Gonzalo, ¿ese hombre
era tambien?...
GONZ. (Con dignidad.) Capitan
de los tercios españoles
que militaron en Flandes
y Portugal.
DIEGO. ¡Dios, acórreme!
¿Sobrino fué del de Lerma?
GONZ. ¡Es así!
DIEGO ¿Vino á la córte
dos años... (Con ansiedad.)
EONZ. (Con sencillez.) ¿Le conocisteis?
DIEGO. ¡Pluguiera al cielo que me oye!
GONZ. ¡Acabad!
DIEGO. Rayo del cielo!
Insensato, ¡y no conoces (Fuera de sí)
en mi gesto, en mis miradas...
no te está diciendo á voces
mi mano, que está sedienta

de la sangre que en tí corre!

MARIA. ¡Jesus! (Aterrada.)

GONZ. ¡Don Diego!

DIEGO. ¡Y tú, imbécil,
en mi camino te pones!
¡Doces años há que venganza
respiran mis oraciones!...
¡Doce años há que maldigo
todos los dias tu nombre!

GONZ. ¡Oh, acabad! Mi sangre hierve.
(Con ira reconcentrada.)

MARIA. ¡Ved mi tormento! (Suplicante.)

DIEGO. ¿Tú rompes
tambien el silencio? Calla, (Fuera de sí.)
que mi honor tu acento oye
y me horroriza tu vista!
Salgamos... (Á D. Gonzalo.)

GONZ. Tened: ¿adónde?

DIEGO. ¡Donde sangre de Mendoza
ó de Luna el suelo moje!

MARIA. ¡Por piedad! (Interponiéndose.)

GONZ. (Dominándose.) Raro es por cierto
ver la calma en el mas jóven:
¡agradezcan vuestras canas
que no las tiene el que os oye!
¿Qué causa os dí yo en mi vida
para tan ciegas razones,
ni cómo á quien viene á honraros
denostais audaz y torpe?

DIEGO. ¡Á honrarme vos! Vuestro padre
de su honra antigua olvidóse,
y tendrán siempre que estar
sin honra sus sucesores!

GONZ. ¡Dios de Dios!

MARIA. ¡Favor! ¡teneos!

DIEGO. ¡Calla!

MARIA. ¡Socorro! ¡no me oyen!
(Asómase Margarita á la reja.)
¡Socorro!

GONZ. ¡Venid, Mendoza!

MARIA. ¡Favor! (Desesperada.)

DIEGO. Venid.

MARG. (Saliendo de la casa.) ¡Esas voces!

ESCENA XII.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO, D. GONZALO y GASPAR, que sale detrás de Margarita: al verlos D. Diego se acerca á D. Gonzalo y le habla aparte.

DIEGO. (¡Silencio!) (Con rapidez.)
MARIA. ¡Gaspar! (Corriendo hácia él.)
MARG. ¿Qué pasa, (Con miedo.)
señor padre?
DIEGO. ¡No deis voces!
MARIA. ¡Margarita!... no te apartes
de su lado! (Suplicante.)
MARG. ¡Padre! (Se le acerca.)
MARIA. (Á Gaspar.) ¡Corre!
DIEGO. ¿Qué quieres? Déjame.
(Á Margarita, procurando, aunque en balde, dominar su emocion, cada vez mas creciente.)
MARG. ¡Vente!
MARIA. ¡Vete, Gonzalo! (Suplicante.)
DIEGO. ¡Repórtese
el hidalgo!
MARIA. ¡Vírgen mia!
¡Compasion!
MARG. ¡Padre! ¿no me oyes!
DIEGO. Si...
MARG. Es tarde y nunca me acuesto
sin rezar mis oraciones...
y sin que tú me bendigas...
¿No rezamos esta noche?...
DIEGO. (¡Oh! su hijo es inocente.)
(Despues de una lucha interior.)
MARG. ¿Callais?...
DIEGO. (¡Que Dios le perdone!)
Idos... y dad al olvido, (Á D. Gonzalo.)
capitan, mis expresiones...
Idos, y evitad que el cielo
en mi camino os arroje...
GONZ. Volveré, aunque á vos no os cuadre:
dos razones son mi guia:

una, el amor de Maria;
otra, el honor de mi padre!
(Con dignidad y decision.)

DIEGO. No me hableis ni un punto mas;
¡ya vuestro padre murió!
y en cuanto á Maria, no
ha de ser vuestra jamás.

MARIA. ¡Ah! (Aterrada.)

GONZ. ¿Vos me direis por qué? (Con ira.)

DIEGO. ¡Ved mi calma!

GONZ. ¡Ya la mia (Fuera de sí.)
no ha de aguardar hasta el dia!

DIEGO. (¡Ved mi hija!)
(Ap. á D. Gonzalo, con una expresion aterradora.)

GONZ. ¡Volveré!
Maria... ¡adios!

MARIA. ¿Dónde vais? (Con desesperacion.)

GONZ. (¡Forzoso me es el dejarle!...
¡Oh! ¡yo volveré á matarle!)

MARIA. ¡No, Gonzalo! ¡no volvais! (Con terror.)

GONZ. Adios, y pensad la afrenta
que en mi nombre habeis echado:
yo volveré tan honrado
que os pida de mi honra cuenta!

DIEGO. ¡Dios si volveis os envia (Con ira.)
para vengarme ofendido!
¡Ay de vos si cuenta os pido,
capitan, de la honra mia!

MARG. ¡Padre! (Deteniéndole.)

MARIA. ¡No mas! (Id. á Gonzalo.)

GONZ. (Irónicamente.) ¡Ira vana!

MARIA. ¡Ved que mi alma se destroza!

GONZ. ¡Hasta mañana, Mendoza!

DIEGO. ¡Capitan, hasta mañana!
(Ambos con aire amenazador. Antes de separarse cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Es de noche y aparece la escena alumbrada y dispuesta del mismo modo que á la conclusion de dicho acto.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, GASPAR.

BRIG. ¿Aun no vino?
GASP. Mas temprano
que siempre salió del pueblo.
¿Y Maria?
BRIG. Algo aliviada;
se levantó hace un momento,
y allí está con Margarita.
Entrambas saber quisieron
si de su excursion continua
habia vuelto don Diego.
GASP. Aun no.
BRIG. Pero vos, que anoche
presenciasteis el suceso,
¿no podeis decirme nada?
GASP. Brígida, nada de nuevo.
Ya os lo dije esta mañana,
y me ratifico en ello.
¡Oh! si no salimos pronto

se matan, sin mas remedio.
BRIG. ¿Pero ellos se conocian?
GASP. ¿Yo qué sé?
BRIG. Pero el suceso
¿por qué fué?
GASP. ¡Quién lo supiera!
Entramos á recogernos,
y el amo dijo á Maria
que se quedara con ellos.
Margarita, que á la reja
puesta los estaba oyendo,
fué la primera que á un grito
me llamó: salimos luego,
y si bien los dos trataron
de ocultar por un momento
la ira que los cegaba
al vernos salir tan presto,
en el llanto de Maria,
en sus frases y sus gestos
claramente se mostraba
lo que escondian sus pechos.
Ambos despues de mirarse,
de ira y de coraje ciegos,
con voz vengativa y ronca
«¡hasta mañana!» dijeron.
BRIG. Pasó el dia sin embargo,
y nada ocurrió.
GASP. Del pueblo
se fué anoche el capitan
con todos sus ballesteros.
BRIG. ¡Grave debe ser la causa!
¡Si yo lo estaba diciendo!
Diez años hace que el amo
y Margarita vinieron
á la aldea y me tomaron
á su servicio, y en ellos
maldito si en esta casa
hubo un dia de contento.
La huérfana recogida,
la tristeza de don Diego,
todo á pensar inducia
que algun oculto misterio

daba á la familia toda
un color sombrio y serio.

GASP. Malicia de vuestros años...
sospechas de vuestro ingenio.
Desde que al pueblo vinimos
nunca la paz y el sosiego
estuvieron mas á gusto
que bajo este humilde techo.
Ese capitan sin duda
es la causa del enredo.
¡Mala pascua si aqui vuelve,
como ha prometido hacerlo!

BRIG. Pero vos, que habeis servido
á nuestro amo tanto tiempo,
¿nada sabeis de su vida
que pueda explicarnos esto?

GASP. Yo le he servido en campaña
y juntos volvimos luego
á la córte, donde el ama
dió su alma al Dios de los cielos,
cuando Margarita apenas
cumplido habia año y medio:
desde aquella triste fecha
huyó el placer de don Diego;
y un dia vendiendo casa...
rentas... salimos huyendo
de la córte, adonde nunca
desde entonces hemos vuelto.
Á los dos meses, Maria,
sin parientes y sin deudos,
fué recogida en la casa;
ese el único suceso
es, que ha pasado en diez años
de quietud y de aislamiento.

BRIG. Todo eso no explica nada
de lo de anoche...

GASP. Lo veo;
pero ni yo sé otra cosa,
ni lo entendeis, ni lo entiendo.

BRIG. Ved... Margarita y Maria.
(Mirando á la izquierda.)

MARIA. ¡Ah!... dejadnos un momento. (Saliendo.)

BRIG. ¿Cómo? (Con mal humor.)
MARG. ¡Brígida, retírate!
Gaspar... (Las dos se inclinan.)
BRIG. (Siguen los secretos.)
(Ap. á Gaspar al marcharse por la izquierda.)

ESCENA II.

MARIA, MARGARITA, GASPAR.

MARG. ¿Desque se fué esta mañana
no ha vuelto padre? (Con interés.)
GASP No ha vuelto.
MARIA. Di, Gaspar, ¿y tú no has visto
al capitan por el pueblo?
GASP. No tal; si ha salido anoche
para Madrid con el tercio.
MARG. Pero ¿volver no le viste?
GASP ¡No es fácil!
MARIA. ¡Oh! ¡gracias, cielo!
MARG. Mira, Gaspar... (Con amabilidad.)
GASP. ¿Qué se ofrece?...
MARG. Ya sabes cuánto te quiero...
¿no es verdad?...
GASP. ¡Pues bueno fuera
que no lo hicieses! Al hecho.
MARG. ¡Gaspar... es fuerza que salgas!
GASP. ¿Y adónde? (Con extrañeza.)
MARG. Justo es que estemos
con gran cuidado por padre.
GASP. ¡Él siempre dá esos paseos!...
MARG. No importa... sal y pregunta
si le han visto... y vuelve presto...
MARIA. Mejor es que nos le traigas...
elige tú mismo un puesto
desde donde verle puedas
con facilidad.
GASP. ¿Y luego?...
MARG. ¡Ven á avisarnos al punto
que le veas desde lejos!
MARIA. Gaspar... ¡yo te lo suplico!
GASP. Bien, ya voy.

MARG. ¡Yo te lo ruego!
GASP. ¡Válgate Dios por muchachas!
MARG. ¡Gaspar! mas aprisa... (Con impaciencia.)
GASP. Vuelo.
(Sale por el foro y cierra la puerta.)

ESCENA III.

MARIA, MARGARITA.

MARIA. ¡No puedo mas, Margarita!
Á cada instante sospecho
que se habrán otra vez visto...
MARG. ¿Qué temes? (Con ansiedad.)
MARIA. ¡Todo lo temo!
¡Es el capitan valiente...
y tu padre estaba ciego...
y son injurias mortales
las que ambos ayer se hicieron!
MARG. ¿No dices tú que mi padre
accedió á todo primero?
MARIA. Si, pero al oir el nombre
del que iba ya á ser mi dueño,
pálido, encendido en ira ..
¡solo de acordarme tiemblo!
comenzó á injuriarle altivo
y á denostarle soberbio.
¡Vanas fueron sus razones,
inútiles mis lamentos;
y á no salir tú... á mi vista
vertieran su sangre ciegos!
MARG. ¡Tal vez un error de nombre!...
MARIA. No: con minucioso empeño
le preguntaba tu padre
por el suyo... y cada nuevo
indicio que descubria
de ser de su odio el objeto,
mas se inmutaba su rostro
y enronquecia su pecho!
¡Se odian! ¡se odian, Margarita!...
¡ya para mí no hay remedio!
MARG. Pero... dicen que ha partido.

el capitan...

MARIA. ¡Por lo menos,
Margarita, le he perdido
para siempre! Si oye el cielo
mis súplicas, ¡nunca, nunca
volverá!...

MARG. Mas tú...

MARIA. ¡Oh! no quiero
que mi bienhechor exponga
su vida... yo se la debo;
y entre su dicha y la mia,
su existencia es lo primero.

MARG. ¿Mas tú al capitan no amas?

MARIA. ¿Y qué importa?... ¡tanto tiempo
he vivido sin que nadie
le pida amor á mi pecho,
que sin sorpresa ninguna
á vivir sin amor vuelvo!
¡Yo ya estoy acostumbrada
á la soledad y al tédio! (Con amargura.)
¡Tal vez, la poca costumbre
del placer, me hubiera muerto!

MARG. ¡Tú mientes!...

MARIA. ¡No, creeré siempre
que mi cariño era un sueño!

MARG. ¡Tú te engañas á tí misma!

MARIA. ¡Si, Margarita; y no puedo! (Con expansion.)
¡Que quererle es imposible,
y con el alma le quiero!

MARG. Déjalo, yo hablaré á padre;
él es generoso, es bueno,
y jamás ha rechazado
mis súplicas ni mi acento.
Yo le diré lo que sufres...
yo sé leer en su pecho...
y si feliz no te hace,
podrá consolarte al menos.

MARIA. No, deja que su rencor,
para hablarle, tenga término,
como le tiene el mañana
horrible de ayer, que aun temo!

MARG. ¡Y ese Gaspar, que no viene!

MARIA. ¡Si se han visto!
MARG. No por cierto.
Maria, ya el capitan
no volverá en algun tiempo,
y adivinar será fácil
la llave de este misterio.
Vaya, Maria, no llores;
mira que á pensar no acierto,
y que... aunque yo quiera darte
valor... ¡Vamos, no le tengo!
(Gaspar entra por el foro con alegria.)

ESCENA IV.

MARIA, MARGARITA, GASPAR.

GASP. ¡Ya viene don Diego!
MARG. ¿Solo?
GASP. Solo.
MARG. (Á Maria.) ¡Retírate adentro!
¡Maria, yo voy á hablarle!
MARIA. ¿Qué has de hacer tú?...
MARG. ¡Ya veremos!
MARIA. Mira, mejor es dejarle
á sus solas un momento,
y si está tranquilo, entonces
hablarle mejor podemos.
MARG. Tienes razon, pero cuenta
que yo he de hablarle primero.
GASP. ¡Ya llega á la plaza! (Mirando por la ventana.)
MARG. Vente,
Gaspâr.
GASP. Adopto el consejo.
(Todos se van por la izquierda. Se abre la puerta del foro, y aparece D. Diego: entra, se quita el sombrero y viene á sentarse al lado de la mesa.)

ESCENA V.

DIEGO.

¡Horrible dia! aun resuena

su odiada voz en mi pecho!
¡Hasta mañana! me dijo,
¡Hasta mañana!... y no ha vuelto.
Ha hecho bien... ¡que Dios anoche
logrando evitar mi intento,
nos ahorró por un milagro
un crímen horrible y cierto. (Pausa.)
¡Oh, cómo tras de diez años
de vergonzoso misterio,
el corazon mal dormido
vuelve á despertar soberbio!
¡Cómo las perdidas fuerzas
recobrando van su imperio,
y cómo la débil sangre
hinche apresurada el pecho!
La antigua herida del alma,
que ya cicatrizó el tiempo,
reciente y fresca parece,
segun el dolor que siento.
¡Nunca, Gonzalo de Luna,
quieras salirme al encuentro:
tu nombre me pide sangre,
y sed de la tuya tengo! (Pausa.)
¡Diez años! ¡y yo era honrado!
¡y desde entonces temiendo
voy que en mi mismo semblante
adivinen mi secreto!
¡Desde entonces sin descanso
á la soledad me entrego;
desde entonces huyo el rostro,
desde entonces tengo miedo! (Levantándose.)
¡Cuántas noches despertando
sobresaltado en el lecho
he sorprendido á mi boca
entre sollozos diciendo!... (Baja la voz.)
«¿Adónde estás, honra mia,
que te busco y no te encuentro?»
¡Y aun en mi mismo retiro
me busca el destino adverso?...
¡Oh, si vuelves! oh, si vuelves,
capitan, sálvete el cielo! (Con ira.)

ESCENA IV.

MARGARITA, D. DIEGO.

MARG. ¡Padre! (Desde la puerta izquierda.)
DIEGO. (Volviéndose repentinamente y dominándose.)
¿Quién es? ¡Margarita!
¿Qué me quieres? (Rápidamente.)
MARG. (Adelantándose.) Yo... (Con timidez.)
DIEGO. ¿Qué es eso?
MARG. Nada, ver si habiais venido.
DIEGO. Si, Margarita... ya he vuelto...
¡Déjame!
MARG. (Llorando.) ¡Ya no me amas!
DIEGO. ¡Oh! ¿qué dices?... (Con ansiedad.)
MARG. Que ni un beso (Sollozando.)
me has dado há dos dias.
DIEGO. ¿Cómo?...
MARG. Que ahora me despides...
DIEGO. (Disculpándose.) Vengo
cansado...
MARG. Si yo te busco...
¡si que me busques no quiero!
DIEGO. ¡Ah, perdóname, ángel mio!
Ven aqui! (Trayéndola á su lado.)
MARG. (Con alegria.) ¡Gracias al cielo!
DIEGO. ¡Tú no sabes que en la vida
hay instantes muy acerbos!
MARG. Sí lo sé: cuando te olvidas
de mi amor: ¡deben ser esos!
DIEGO. ¡Esos son! (Con gravedad.)
MARG. ¡Y yo pensaba
de tan horribles momentos
que un beso de vuestra hija
los ahuyentaba mas presto!
DIEGO. Y es asi... ¡tú no comprendes
lo que por tu amor he hecho!
¡sin tí tal vez no viviera!
¿Me quieres?...
MARG. ¡Asi te quiero!
y ahora que solos estamos

y que eres amable y bueno,
me vas á contar la causa
de tus penas...

DIEGO. ¡No las tengo!

MARG. La mentira es un pecado...

DIEGO. ¿Y qué?...

MARG. Que me estais mintiendo. (Con respeto.)

DIEGO. ¡No tal!

MARG. ¿Pensais ¡egoista!
que basta á los que os queremos
vuestra palabra? No basta...
pruebas hacen falta y hechos.
Si, señor; quiero reñiros,
y mi riña de hoy no es juego.
¿Pensais vos que nos alegra
que andeis por montes y cerros
un dia tras otro dia,
triste, solitario y sério?
¿Pensais que vuestros pesares
son tan libremente vuestros
que no ha de hacer en nosotros
ninguna falta el saberlos?
¡Pues os engañais, y mucho!

DIEGO. Margarita...

MARG. Once años tengo,
y si mi padre está triste,
conocer la causa quiero.

DIEGO. Conténtate, Margarita,
con ignorarla mas tiempo.

MARG. Bien... si soy niña, calládmela
y á mi pesar me contento;
¿pero Maria no tiene
sobre vos ningun derecho?
¿No es vuestra hija adoptiva?
¿No os quiere como yo os quiero?
¿Es justo que en vuestro rostro
no vea nunca el contento?...

DIEGO. La otra noche...

MARG. (Interrumpiéndole.) La otra noche
hubo caricias y besos,
y anoche... ¡lo que es anoche,
el susto, padre, fué bueno!

DIEGO. ¡No me hables de anoche!
MARG. Entonces
hablaré de hoy.
DIEGO. ¡Eso quiero!
MARG. ¡Todo el dia hemos estado
llorando en nuestro aposento!
¡Hacer llorar á una hija!
Veamos: ¿está bien hecho?
DIEGO. Pero tú... ¿por qué llorabas?
MARG. Porque ella llora... ¡por eso!
porque yo la quiero... ¿estamos?
y desde niña la veo... (Enternecida)
y porque no tengo hermana
ni madre, y años enteros
pasaron partiendo juntas
el trabajo y el recreo;
la misma casa, velando;
la misma alcoba, durmiendo.
DIEGO. ¡Oh, es verdad! (Pensativo.)
MARG. ¡Porque ella llora
y echa á sus padres de menos,
é iba á ser feliz y vos
la condenais á no serlo!
DIEGO. Yo no; ¡la cólera eterna
en su fallo justiciero!
MARG. ¡Si ella le quita la dicha,
dejadla vos el consuelo!
(Maria aparece en la derecha.)
DIEGO. ¡Oh, si, hija mia, que venga
y desde hoy llore en mi seno!
MARIA. Padre y señor... (Corriendo á D. Diego.)
DIEGO. ¡En mis brazos,
hija mia!
MARG. ¡Asi te quiero!

ESCENA VII.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO.

DIEGO. ¡Aqui puedes ya llorar (Abrazándola.)
de tu suerte los desvios!
¡aqui estan los duelos mios

y te pueden contestar!
¡No ya tu voz en mi oido
resonará como extraña,
que mi pesar te acompaña
y harto, infeliz, has sufrido!

MARIA. Eso hoy al cielo pedí:
mi pena será menor
si en vos encuentro el amor
que para siempre perdí.

DIEGO. ¡Para siempre! ¡El cielo trunca
(Con solemnidad.)
tu porvenir lisonjero!

MARIA. Mas la causa por que muero... (Tímidamente.)

DIEGO. ¡No quieras saberla nunca!
¡No me obligues á que hable,
que harto te dice mi afan!
¡Entre tí y el capitan
hay un abismo insondable!
Y por tu dicha te pido,
aunque mi ruego te asombre,
que eches su faz y su nombre
en la mansion del olvido.
¿Adónde está, me dirás,
el sitio donde le lanzas?
Donde van las esperanzas
que ya no vuelven jamás.

MARIA ¡Ay de mí, que no podré!

DIEGO. ¡Tambien el dolor se olvida!
¡Yo no pensaba en mi vida
abrazarte... y te abracé!
No mas me preguntes hoy,
que contestarte no puedo.

MARIA. ¡Sola y sin amor me quedo!

DIEGO. No tal, que el mio te doy...
y aunque mucho no te cuadre,
consuele el mal que te afana
el cariño de una hermana
y la bendicion de un padre.
Desde hoy en mí le tendrás.

MARIA. ¿Y el que causa mi desvelo?

DIEGO. ¡Maria, ruégale al cielo
que no vuelva aqui jamás!

MARG. ¿Tanto, padre, os ofendió,
que es perdonarle imposible? ..

DIEGO. Margarita... no es posible
hablar mas; todo acabó.
Enjuga, Maria, el llanto
que en mi corazon resbala,
que no es mi razon tan mala
cuando yo siento otro tanto.
Confia en quien me ha otorgado
resignacion y cordura.
¡El que vé tu desventura
fuerzas debe haberte dado!

MARIA. ¡Él tambien me dará olvido!
Pídeselo con empeño.

DIEGO. Tu amor, Maria, era un sueño.
(Se abre de repente la puerta del foro y aparece D. Gonzalo. Todos los personajes marcan su sorpresa, segun la idea que les agita á su presencia.)

MARG. ¡Él! (Dando un grito.)

MARIA. ¡Jesus! (Aterrada.)

DIEGO. ¡Dios lo ha querido! (Pausa.)

ESCENA VIII.

MARIA, MARGARITA, D. DIECO, D. GONZALO.

DIEGO. ¡Vuestra venida es ya vana (Levantándose.)
(Con dignidad y procurando dominar su ira.)
y mi corazon destroza!

GONZ. «Hasta mañana, Mendoza,»
os dije... y aun es mañana.

DIEGO. ¡Idos! (Con furia reconcentrada.)

GONZ. Mal me conoceis...
ó vuestro dicho olvidasteis.
Para hoy aqui me retasteis,
Mendoza, aqui me teneis.

DIEGO. No querais probar mi encono...

GONZ. ¡Ved que no estoy satisfecho!

DIEGO. Cuanto daño me habeis hecho,
capitan... yo os le perdono! (Con calma.)

GONZ. Nunca perdon necesita (Con dignidad.
quien cree no merecerle,

y haceis mal en concederle
al que no le solicita. (Sombriamente.)

MARG. Idos, capitan, y ved
la calma con que os habló.

GONZ. ¡Ni puedo tenerla yo,
ni agradezco la merced!

MARIA. ¡Yo tambien rogaba á Dios
no miraros mas aqui!
¡Idos, Gonzalo, por mí,
y olvidadme!... (Con acento desgarrador.)

GONZ. (Con ira.) ¡Tambien vos!
¡Oh, mas mi mente se exalta
indiferente al miraros!
¡Mendoza, yo vengo á daros (Con furia.)
la sangre que os hace falta!

DIEGO. ¡Callad! (Esforzándose á tener calma.)

GONZ. Yo vengo á pediros
de vuestras palabras cuenta,
á menos que, en vuestra afrenta,
no querais hoy desdeciros.

DIEGO. ¡Basta ya! ¿saber quereis (Fuera de sí.)
por qué os negué yo su mano,
y por qué llamé villano
á vuestro padre?...

GONZ. ¿Aun volveis?...

DIEGO. Bien. Salid. (Á Maria y Margarita.)

MARG. (Con terror.) ¡Padre!

MARIA. (Suplicante.) ¡Señor!

DIEGO. ¡Dejadme!... nada temais.

MARG. ¿No salir de aqui jurais? (Temblando.)

DIEGO. Si, que aqui estamos mejor. (Con acento terrible.)

MARIA. ¡Piedad! (Á Gonzalo.)

GONZ. ¿La tiene el cruel?

MARG. ¡Padre, piensa en mí!

DIEGO. (Sin oirla.) Si... deja.
(Se dirige al foro y cierra la puerta y la ventana.)

MARIA. ¡Cierra la puerta y la reja!

MARG. ¡Oh, yo velaré por él!

(Á una mirada aterradora de D. Diego se retiran Maria y Margarita por la izquierda, en medio de la mayor agitacion. D. Diego baja al proscenio y vuelve á recobrar su aparente calma.)

ESCENA IX.

D. DIEGO, D. GONZALO.

DIEGO. ¡Con prudencia os recibí,
y sin ira os escuché!
Dios, que mi justicia vé,
sabrá hacermela hoy aqui.
Aun es tiempo... y os le doy...
la paz mi conciencia invoca,
y ved, Luna, que mi boca
nunca ha dicho lo que hoy!

GONZ. Hablad. (Impasible.)

DIEGO. (Con intencion.) Voy, ¡mas reparad
que el que sepa mi secreto,
firma en el acto el decreto
de su misma muerte.

GONZ. (Con gravedad.) ¡Hablad!

DIEGO. ¿Qué es lo que quereis saber?...

GONZ. ¡Lo que á vos tal vez no os cuadre!
La memoria de mi padre
he venido á defender.
¡Vos la ultrajasteis!

DIEGO. (Con ira creciente.) ¡Seguid!

GONZ. Y yo por infame os tengo,
y á pediros cuentas vengo.

DIEGO. Sacad la espada, y oid.
(Sacan ambos las espadas, que desnudas cruzan en cima de la mesa. D. Diego le coge de la mano y le baja al proscenio, donde despues de mirar con temor á todos lados, dice lo siguiente, en voz muy baja y marcando todos sus afectos con la pasion mas reconcentrada. Pausa.)
Ayes lanzando del pecho
que hondo dolor torturaba,
una mujer respiraba
difícilmente en su lecho.
¡Aun en mi mente la miro! (Abstraido.)
¡Era una noche sombria,
y aquella mujer rendia
á Dios su postrer suspiro!
De pié... á su lado y tocando

con su mano un crucifijo,
pálido, inmóvil y fijo
estaba un hombre llorando, (Con emocion.)
y en una cuna dormida
una niña reposaba,
ignorando aun cómo acaba
de irse el alma de la vida!
De pronto, lanzando un grito
la enferma, al sentir la muerte...
extendió la mano inerte
dándole al hombre un escrito...
(Con la voz ronca por la emocion y los sollozos ahogados.)
¡Y vino la luz del dia...
la mujer no respiraba...
el hombre rezando estaba...
y la niña sonreia! (Pausa.)
Pasó un dia... y dos... y tres;
dejó el hombre de llorar,
y fué el escrito á buscar
para cumplirlo...
(Saca un papel del pecho, que arruga convulsivamente al verle. Dominándose, dice.)
¡Este es!
Ya comprendeis lo que siento
y el ¡ay! que al tocarle exhalo.
(Dominando su ira por un momento.)
¡Aun es tiempo! ¡Idos, Gonzalo!

GONZ. ¡Seguid! (Impasible.)

DIEGO. Escuchad atento.
(Baja mas la voz, y lee la carta temblando.)
«Entre la muerte y la vida
»os escribo este papel;
»¡mirad, Diego, que vá en él
»mi postrera despedida!
»¡Yo quiero que mas no ignores
»cuán infeliz fué mi suerte,
»que mas allá de la muerte
»no hay venganzas ni rencores!
»Niña, con vos me enlazaron,
»y yo, Diego, no os amaba;
»cuando el sí en el templo os daba,

»mis labios os engañaron.
»¡Mi falta primera es [1]
»la que mi mal asegura;
»la que empieza por perjura,
»culpable es siempre despues!
»Deja que al morir exija,
»con honda pena de tí,
»tu maldicion para mí;
»tu perdon para mi hija!
»¡Su padre, en pobre fortuna,
»vió morir su antigua gloria,
»no maldigas la memoria,
»Diego, de Lope de Luna!»

GONZ. ¡Ah! (Aterrado y cayendo de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos.)

DIEGO. «En Robledo la han criado, (Leyendo.)
»Maria tiene por nombre;
»socórrela, y no te asombre
»mi crímen por mí contado.
»Y si por mí y por su padre
»la tienes ódio profundo,
»vé que está sola en el mundo,
»y que hoy ha muerto su madre!»
(Pausa. D. Gonzalo baja la cabeza abatido.)
Nunca en diez años despierto
este papel he leido. (Fuera de sí.)
¡Gonzalo, tú lo has querido;
la antigua herida has abierto!
¡Vé si estas frases villanas
causa son de mi deshonra!...
¡Tu padre ultrajó mi honra...
tu padre manchó mis canas!

GONZ. ¡Oh! (Levantándose.)

DIEGO. Si... y aunque no te cuadre
este empeñado tormento,
siempre te dirá mi acento...
¡ladron de honras fué tu padre!

GONZ. ¡Oh! ¡Callad! (Conteniendo su furia.)

DIEGO. Que hables te exijo...

---

1 Esta carta no puede llevar acotaciones. El actor ha de sentirla, y sin esto, todas las advertencias serian inútiles.

¡Contesta, hijo de ladron! (Fuera de sí.)
GONZ. ¡Mendoza, teneis razon, (Con locura.)
pero ved que soy su hijo!
DIEGO. ¡Justo es que unidos esten
los que junta un lazo humano!
¡Tú eres hijo de un villano!
¡villano serás tambien!
GONZ. ¡No mas! ¡matadme! (Ciego de cólera.)
DIEGO. (Cogiendo la espada.) ¡Eso ansio!
GONZ. ¡No!... (Retrocediendo aterrado.)
DIEGO. ¡Cobarde!
GONZ. (Sin poder contenerse.) (¡Oh, de esa suerte!)
DIEGO. ¡Ven á que te dé la muerte
ó á dármela!
(Cogen ambos las espadas y al querer salir Margarita dando un grito entra en escena, seguida de Maria y Gaspar y Brígida que se quedan retirados.)
MARG. ¡Padre mio!

ESCENA X.

MARIA, MARGARITA, BRÍGIDA, D. DIEGO, D. GONZALO. GASPAR.

DIEGO. ¡Qué! (Volviéndose aterrado al oirle.)
MARG. Nada, como era tarde,
(Disimulando su agitacion.)
y creo habeis acabado...
GONZ. Si tal... ya hemos terminado.
(Envaina su espada.)
MARG. Pues entonces... Dios os guarde.
(Despidiéndole.)
¡Brígida! (Llamándola, con angustia.)
DIEGO. ¿Qué haces?
MARG. ¡Gaspar! (Idem.)
Nada, padre, que ya es hora...
(Ambos se acercan.)
¿no es verdad? (Á Brígida y á Maria.)
DIEGO. ¿De qué?
MARG. (Sonriendo.) ¿Lo ignora?
de leer y de rezar.
Darán las ánimas presto...
¿No os vais?... (Á D. Gonzalo.)

GONZ. (Con gravedad.) Rezar os veré...

MARG. Es que yo me cortaré
de seguro...
(Sonriendo: indica á Diego que se siente en su sillon; lo que hace á pesar suyo. D. Gonzalo está á la izquierda del teatro, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada.)
¿Aqui... no es esto?
Ese es tu sitio. (Á Maria.) ¡Este es el mio!
(Todos se colocan como al final del primer acto.)
Vos no le teneis...
(Sonriendo con intencion forzada á Gonzalo.)
¡Gaspar!
¡el libro!...
(Gaspar se le dá sin comprender lo que pasa.)
Voy á empezar
adonde quedé... (¡En Dios fio!)
(Todos estan pendientes de la voz de Margarita.)

DIEGO. (Á Gonzalo.) (Disimulad y esperad...
pronto se acaba...) (Se sienta.)

GONZ. (Inclinándose.) ¡Aqui espero!

MARG. ¡Oid tambien, caballero!
¡aqui habla Dios! ¡escuchad!
(Leyendo ya con intencion dramática que se adivina á través del temblor de su voz.)
«Cuando os pusiereis á orar, si teneis »algun odio contra alguno, perdonadle, para »que vuestro Padre, que está en los cielos, »os perdone tambien á vosotros vuestros pe»cados.»

DIEGO. (Interrumpiéndola.) No, no quedamos ahí...
mas arriba... en otra hoja...
(Quita el libro á Margarita y busca en él.)

MARG. ¡No tal!...

DIEGO. Deja que recoja...

MARG. No, padre...

DIEGO. ¡Si... lee aqui!
(Con voz ronca encontrando la página y marcándola con el dedo el sitio en que ha de leer.)

MARG. (Leyendo á pesar suyo.)
«Los pecados de los padres caerán sobre »sus hijos hasta la cuarta generacion, y los

»réprobos serán castigados por los pecados
»de sus padres y los suyos.»
No es aqui donde quedamos... (Con expansion.)
(Volviendo á buscar.)

DIEGO. Antes de ayer lo decias... (Insistiendo.)

MARG. Eso hace ya muchos dias... (Turbada.)
muchos... que lo hemos pasado!

DIEGO. Las faltas del padre... (Con acento sombrio.)

MARG. (Con energia.) Insisto...

DIEGO. ¡Caen en el hijo despues!... (Continuando.)

MARG. Aquello era de Moisés...
(Levantándose y con un grito sublime.)
¡lo de hoy es de Jesucristo!
(Pausa larguísima. Profundo silencio. D. Diego baja la cabeza pensativo. Margarita lee cada vez con mas intencion.)

«Si tu enemigo tiene hambre, dále de
»comer; si tiene sed, dále de beber, y Dios
»te recompensará.»

(Conforme vá leyendo Margarita con intencion, todos los personajes fijan su vista en D. Diego, que baja los ojos y reflexiona.)

«Porque si vuestra alma está llena de ren-
»cores, por mas oraciones que hiciereis, no
»os salvaré.

«Si vuestro corazon está lleno de odio,
»por mas beneficios que hiciereis, no os
»amaré.

«Si vuestras manos estan llenas de san-
»gre, por mas oraciones que hiciereis, no os
»escucharé.»

(Pausa. Margarita cierra el libro y se le dá á Gaspar. Se levanta y se acerca á D. Diego, que estará abstraido completamente.)
¿Tienes tú rencor alguno
despues de lo que has oido?... (Pausa.)

DIEGO. ¡No le tengo! (Con gravedad.)

MARG. ¡Dios me ha oido!...
Capitan... ¿y vos?... (Con rapidez.)

GONZ. ¡Ninguno!

MARIA. ¡Ah!
(Respirando con alegria. D. Diego y D. Gonzalo se

acercan uno al otro.)

DIEGO. (Vuestra hermana es Maria...
y lo ignora...)

GONZ. (Partiré.)

DIEGO. ¡Maria! (Llamándola con cariño.)

MARIA. ¡Todo lo sé!
(Llorando y en voz baja, á D. Diego, aparte.)
¡Padre y Señor!

DIEGO. (Abrazándola.) ¡Hija mia!
¡Ven tú tambien, ángel bueno (á Margarita.)
de esta noche y de mi alma!
Tú has vertido en mí la calma
y has apartado el veneno.
De hoy mas no vereis en mí
ni dolores ni desvio:
¡harto sufrió el pecho mio
mientras con rencor viví!
(Vuelven á tocar las ánimas como en el acto primero.)
¡Las ánimas! Tú, Maria,
ya desde hoy tienes un padre.

MARIA. ¡Ah!

MARG. ¡Bien!

DIEGO. ¡Reza por tu madre,
y tú tambien, hija mia!
De hoy mas no estará conmigo
quien vé llorar y no llora...
(Se arrodillan todos menos D. Diego y Gonzalo.)
¡porque al bendecirte ahora
hoy á tus padres bendigo!
Que si fueron sus acciones
causa de perpétuo llanto,
siempre el perdon es mas santo
concedido entre oraciones.
Rezad con fervor y anhelo
para que á su puerto arriben,
¡la oracion de los que viven
abre á los muertos el cielo!
(Gonzalo sale por el foro, el cuadro final es el mismo del primer acto.)

FIN DEL DRAMA.

LOS LAZOS DE LA FAMILIA.

OBRAS DR[AMÁTICAS]

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Eamor y la moda.
El toro y el tigre.
Un embuste y una boda.
Todo son raptos.
Pedro el marino.
El cuello de la camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
A caza de cuervos.
As en puerta.
Los dos inseparables.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres.
Sapos y culebras.
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La perla negra.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La bolsa y el bolsillo (2).
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Segunda edicion.)
La agonía. (Segunda edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
Las hijas de Eva. (Tercera edicion.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural.
La cosecha.
La conquista de Madrid. (Segunda edicion.)
Cadenas de oro (4).
Una revancha.
La ínsula Barataria.
Punto y aparte.
En brazos de la muerte!
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Tercera edicion.)
Los órganos de Móstoles.
Los infiernos de Madrid.
El ángel de la muerte.
La varita de virtudes.
Los misterios del Parnaso.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
Los hijos de la costa.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.